

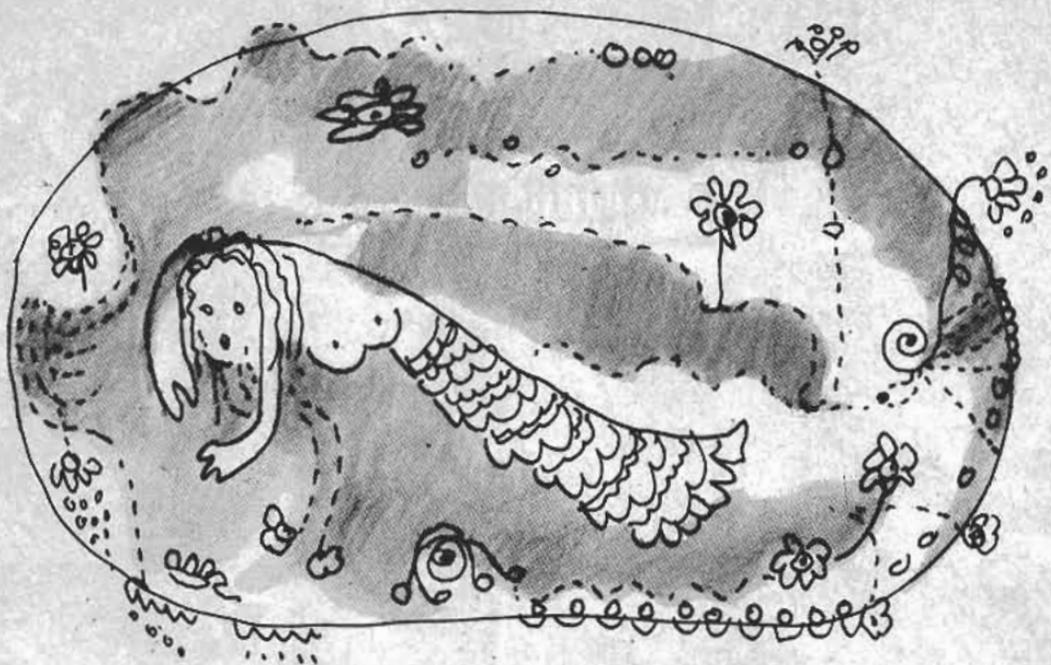


JAIME QUEZADA

Leyendas chilenas



**NOSOTROS
LOS
CHILENOS**



Portada e ilustración: Tatiana Alamos

leyendas chilenas

JAIME QUEZADA



a manera de prólogo

COMO si fuera un cuento: y se empezó a hablar de una ciudad encantada, invisible, que se ocultaba cuando la buscaban los extraños. Y de tanto contarla fue tomando un aspecto cada vez más maravilloso, inquietante, casi mágico y misterioso. Así, la simple e ingenua narración de un suceso —verdadero o supuesto— fue adquiriendo significación y fuerza de veracidad con el transcurso del tiempo, dando origen a la leyenda.

Generalmente de autores anónimos. Por nuestra gente más sencilla han sido creadas estas leyendas. Vienen del pueblo mismo. Con más de alguna buena dosis de malignidad y de sentido humano a la vez. Antepasados que de seguro no sabían leer ni escribir, les dieron forma y contenido. Sin pensar remotamente que estaban contribuyendo al mito, a la creación de un género narrativo de genuino origen popular. Quizás por entretención, por pasar los largos días de invierno, por dar testimonio de coincidencias o circunstancias inexplicables. Del abuelo al padre al hijo se contaba, se narraba, se decía. Mientras se

labraba la tierra, mientras se regresaba a casa a medianoche después de haber estado en una fiesta vecina, mientras se buscaba una veta de oro o plata que nunca descubrieron. Todo tenía una explicación a flor de labios: los fenómenos de la naturaleza, la aparición de un cometa, la crecida de los ríos, el hallazgo fortuito de una caverna habitada por personajes que nadie jamás ha visto.

Algo de superstición, hechicería, imaginación, ¿por qué no, sabiduría?, les dieron relevancia, las han hecho perdurar de generación en generación. No existe aldea, pueblo, ciudad de nuestro Chile que no esté vinculada a un cerro legendario, a una laguna encantada, a una piedra misteriosa. La tradición ha ido enriqueciéndolas con los años, hasta constituir en nuestro tiempo un verdadero dogma de fe, de creencia, de destino también.

De la tradición oral han pasado a la escrita gracias al interés investigativo de especialistas que las han recogido (no por mero afán de curiosidad, como piensan algunos) con un evidente interés folclórico y científico. Muchas de nuestras artes mayores se nutren de esta tradición. Así, algunos de los mejores materiales de la poesía culta proceden de la literatura popular. La música, el teatro, el cine, incorporan las leyendas a sus temas. Lo que las hace vigentes y perdurables.

Algunas de estas leyendas no ocultan su fatalismo, aunque se revisten de cierta gracia, humor y picardía: *“si el gallo canta antes de las diez de la noche, es seguro que temblará dos horas más tarde”*; *“cuando una estrella se corre, es señal que morirá una persona conocida”*; *“si se atraviesa un gato negro en nuestro camino, es indicio seguro de*

mal presagio". La buena o mala suerte es parte de la vida, cotidiana y permanente. De algún modo es el reflejo de la idiosincrasia de nuestro pueblo: esforzado, trabajador, sufrido.

Las hay, también, de origen y fundamento religioso que conservan aún todo su esplendor. El pueblo las ha hecho suyas, y se entrega a evocarlas con su devoción más piadosa. De un encantamiento singular y poético son aquellas leyendas que hablan de lagos, lagunas y ríos, en los cuales, a menudo, aparece una bella niña que canta canciones de alegría y amor. Algo así como un sueño de ternura y maravilla. En otras, en cambio, aparecen animales y aves y plantas de origen desconocido, de tamaños y formas diferentes, que moran en cerros, quebradas y cavernas. De alguna manera se contribuye a la existencia de un principio de mito, de realidad y de fantasía.

El Diablo, a su vez —como personaje de nuestras leyendas—, juega un papel de importancia y trascendencia: picaresco, interesado, amigable, con su inconfundible olor a azufre. Es común en nuestra jerga popular hacer alusiones a este controvertido señor de dientes de oro y zapatos de charol. Con frecuencia se dice: "*el Diablo vendiendo cruces*"; "*allá donde el Diablo perdió el poncho*"; "*las armas de fuego las carga el Diablo*". Adopta todas las actitudes y posturas de que es capaz. Alguien lo ha visto pasar más de una noche en su carruaje, dispuesto a hacer rico a quien quiera entregarle su alma: el pacto no lo desata nadie, sino la muerte.

Algo de verdad —dada por la costumbre y la Historia— debe haber en los tesoros ocultos buscados desde tiempos inmemoriales. Se sabe que

en tal o cual lugar escondieron, por uno u otro motivo, vasijas de oro y plata y piedras preciosas. Hay quienes no duermen buscando, de día y de noche, estos “entierros”, silenciosamente, conforme a todo un ritual preestablecido: “*el que consigue sacar un entierro se hace rico para toda su vida*”. Por eso se ven velas encendidas por las noches en más de algún lugar, indicio cierto de un tesoro oculto allí. O se escuchan ruidos “*como cadenas de fierro que se arrastran*”. Expediciones oficiales y particulares fueron organizadas, en tiempos pasados, para buscar las imaginadas riquezas de la Ciudad de los Césares, por ejemplo. No siempre se tiene éxito, cosas misteriosas acontecen, lo que hace abandonar todo intento de búsqueda. Y muchos no han regresado más, devorados por los tesoros.

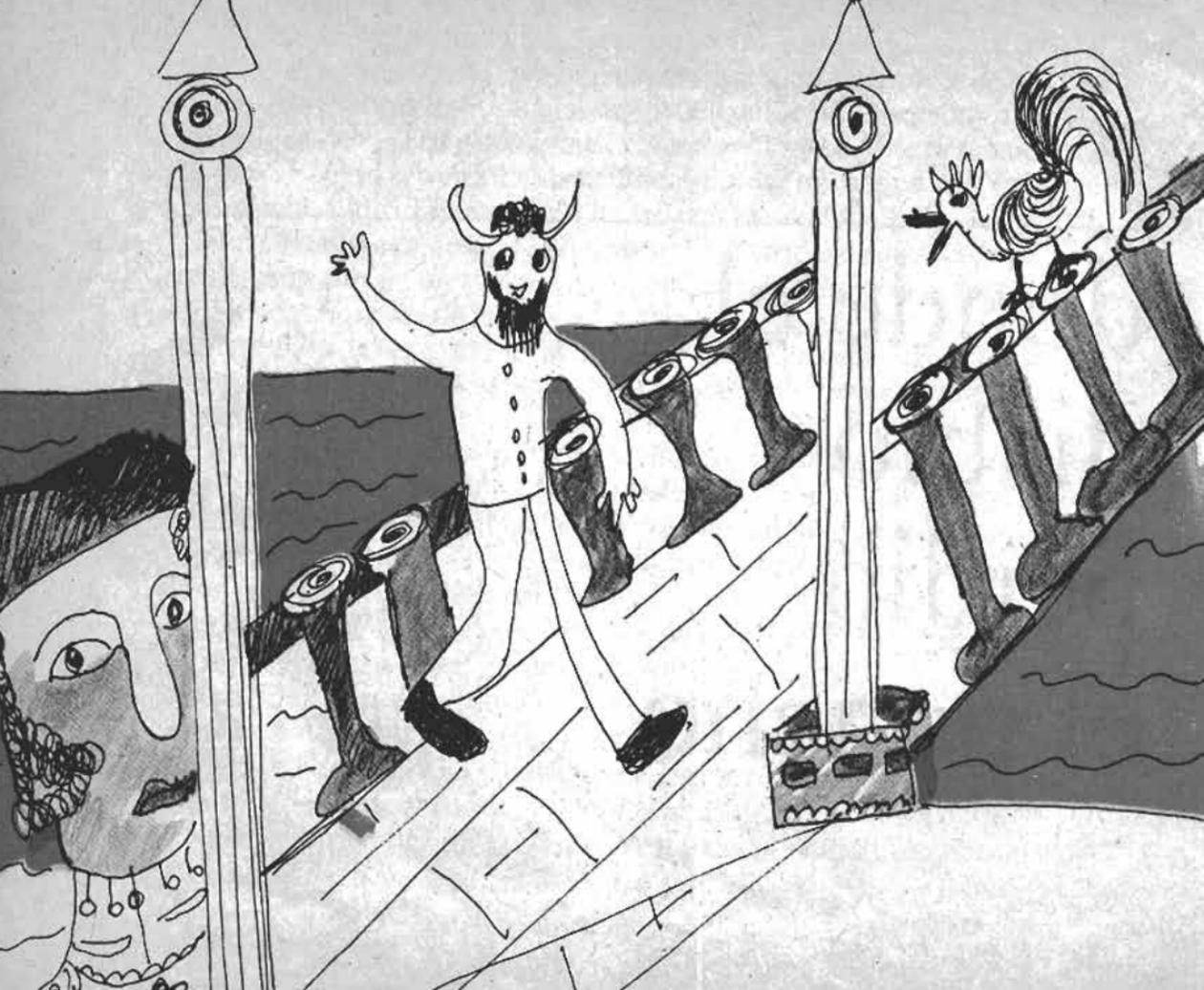
Así, cada leyenda —por simple, intrascendente y pueril que parezca— tiene su fundamento y tradición, su razón de ser. Las publicadas en este volumen se transcriben, en lo posible, tal cual, como las ha contado el pueblo: para que no pierdan su sabor con que fueron creadas y no desvirtuar su intencionalidad original.

Lo que ha venido desde los tiempos del “Rey Perico”, seguirá, por cierto, de boca en boca, sin perder su magia, imaginación y apasionamiento. Y de cómo nuestro pueblo ha conservado y mantenido y divulgado esta tradición oral, de generación en generación, es digno de tomarse en cuenta. Ello contribuye al enriquecimiento de nuestra literatura folclórica, a amar de veras el alma de lo chileno, a darle valoración y significado. Esa es —no cabe duda— nuestra intencionada actitud también.

Jaime Quezada

donde el
diablo
perdió
el poncho





el puente de CAL Y CANTO

ANTES que cante el gallo negro, el puente estará concluido —dijo el Demonio. Y se puso manos a la obra con una alegría y entusiasmo pocas veces vistos. Tiempo que no había realizado un negocio con tantos beneficios.

El Demonio saltaba en una pata de puro contento que estaba cuando logró convencer —sin otra artimaña que su recta seriedad de constructor— al corregidor Zañartu, quien le entregó su noble alma a cambio de construir en una noche el Puente de Cal y Canto.

Don Luis Manuel de Zañartu no cabía en sí de gozo, también, por tan significativo contrato —y se tocaba el pecho para sentir si latía todavía su gallardo corazón— y de lo bien que hablarían los vecinos de Santiago de su altruismo y talento creador.

El Demonio se decía con notorio orgullo, escarbándose una muela con un palillo de alambre:

—Nadie me la gana a mí. Yo soy el don Demonio. Puedo construir

y destruir en una noche lo que propongo. Nada se detiene ante mi magia de maestro ejemplar. Este puente, ¡uf!, es como ver llover.

La obra avanzaba a la perfección. El Demonio se daba el lujo hasta de cantar, a la vez que daba órdenes a sus operarios de turno en este y otro detalle. Empezó a crecer el puente: arena, cal, piedras, adoquines, ladrillos iban dando forma a la más majestuosa obra colonial propuesta por el hombre santiaguino. Mientras tanto, el corregidor Zañartu se paseaba con las manos a la espalda, seguro de sí mismo, pensando en la buena hora que tuvo al ocurrírsele tan solemne decisión. Hablaba más con alma que con voz, a sus amigos:

—Verán qué puente. Con pompa y ceremonia celebraremos su inauguración. El Puente de Cal y Canto pasará a la historia. ¿Qué otra Administración ha tenido tan genial idea?

En lo mejor de la faena cantó un gallo. El Demonio, sin importarle gran cosa, preguntó:

—¿Cuál cantó?

—El gallo colorado —le respondieron.

—Entonces no hay cuidado; sigan trabajando, que todo va a las mil maravillas.

Y el Demonio, muy pierna encima, se frotaba las manos con ambiciosa alegría y sacaba cuentas de lo que haría después de terminado su honroso compromiso:

—De aquí me voy volando a festejar mi obra hasta que las

velas ya no ardan. ¡Bien me lo merezco! No siempre se tiene el privilegio de ser dueño del alma de un noble corregidor. ¡Ah, cómo me sonríe la vida!

El corregidor Zañartu venía, de vez en cuando, a dar una vueltecita para observar, con sus propios ojos, la realización de su soñado proyecto. Y la cara se le llenaba de alegría al ver al Demonio en su febril actividad.

—Puede irse a dormir tranquilo —le dijo el Demonio—, mañana verá todo el esplendor de mi obra. —Y se despidieron con mutuos movimientos de cabeza.

A las pocas horas otro canto se escuchó desde muy lejano. El Demonio, saliendo de sus felices cavilaciones, dijo con inquietud a sus operarios, que no comprendían las preguntas y respuestas de su adinerado señor:

—Apurarse, apurarse, ya viene el día. . ., acaba de cantar el gallo castellano. ¡Señal de que vamos bien y seguros!

Y el Demonio empezó a correr de un lado para otro muerto de frío, frotándose las manos con más vigor que antes, hablando en voz alta con su propia sombra y golpeando con la punta de sus zapatos los pocos adoquines que quedaban.

Cuando estaba por concluirse tan magna obra, un tercer gallo cantó. El Demonio, aunque alarmado como si se hubiese visto en un espejo, trataba de hacerse el sordo o el leso. Pero el gallo volvió

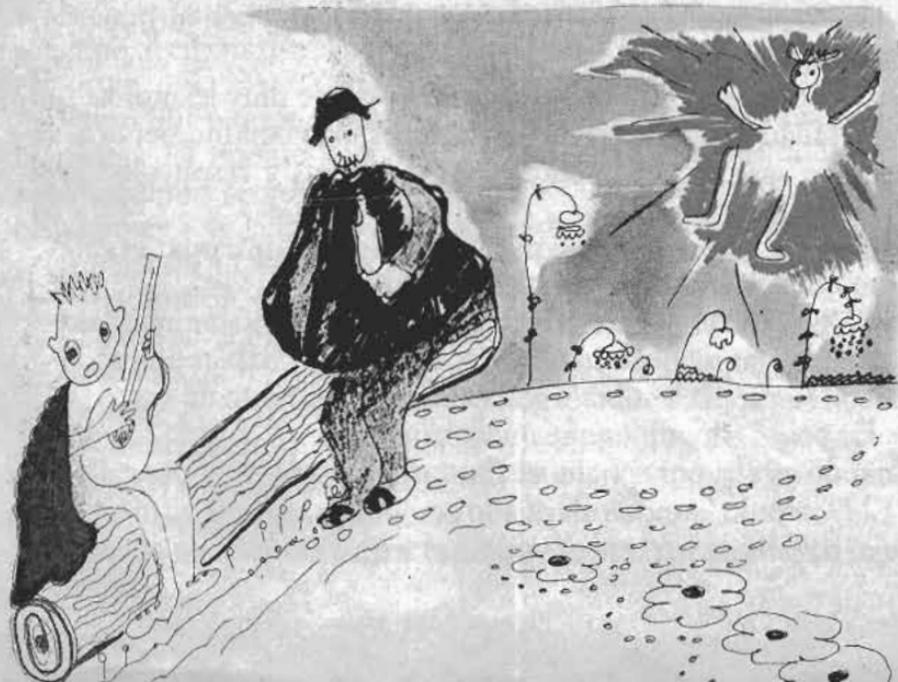
a cantar con más intensidad. Entonces con una rabiosa voz de trueno preguntó:

—¿Cuál cantó?

—El gallo negro —le dijeron sus operarios en coro.

—¡Por el mismo Diablo que soy yo, gana el maldito Zañartu —gritó de mal tono—, y yo a los infiernos!

Y huyó a los cuatro vientos, haciéndose humo, sin haber alcanzado a dar término al Puente de Cal y Canto y echando pestes contra el gallo negro por su mezquino y egoísta comportamiento.



el diablo guitarrero

SI MIS ojos no lo hubiesen visto, no andaría contando el cuento. Lo juro por el mismo Diablo que reventó delante de mí y se las echó volando a los infiernos —dice con credulidad don Justo sin dejar de lado a su vieja guitarra, compañera de sus buenas y malas horas.

Acostumbrado a animar cuanto fiesta se celebraba en San Fabián de Alico, siempre era el primero, dispuesto a hacer saltar las cuerdas de su guitarra en el santo de una vecina o en una fiesta religiosa. Ni hablar de bautizos, casamientos y velorios. Nadie casi se atrevía a competir con él. Que era un campeón como guitarrero, no cabía la menor duda:

*—La fiesta de Candelaria
se celebra el día dos,
siempre en el mes de febrero
como el año que pasó.*

Una noche, cerca ya del amanecer, don Justo regresaba de una

de sus tantas fiestas cuando encontró a un pobre hombre que venía en sentido contrario, camino a su casa. Se saludaron como si se hubiesen conocido siempre, y porque es costumbre y gracia hacerlo en caminos y lugares despoblados.

—¿A dónde va a esta hora, buen amigo? —le preguntó don Justo por mover la lengua, que no podía resistir tenerla tanto rato pegada al paladar.

—A la fiesta de la Candelaria a cumplir mi devota promesa —le dijo el caminante con una voz que invitaba a seguir la conversación.

—Tarde va, pues, amigo. La fiesta acaba de terminar. Mejor péguese un guitarreo aquí mismo, mientras yo me siento en este tronco seco a descansar.

Y el buen amigo, ni corto ni perezoso, sentándose en otro tronco, tomó la guitarra y se puso a cantar de lo lindo y a tocar que era una bendición. Y don Justo cada vez iba quedando con la boca más abierta de lo admirado que estaba.

Para animar más la improvisada fiesta, don Justo sacó por debajo del poncho una botella de aguardiente del mejor de la zona, y pasándosela a su amigo le dijo desafiante:

—A ver si es tan diablo, apúntele a esta adivinanza:

—*Redondito, redondete,
¡qué gusto le da a la novia
cuando el novio se lo mete!*

—*¡El anillo!* —respondió el otro antes de un segundo, con una carcajada que hizo volar a los pájaros cercanos. Y en seguida—: Ahora me toca a mí —le dijo a don Justo, todavía sin reponerse bien de su diabólica risa:

—*¡Qué gusto tenerlo junto!*
¡Qué contento tenerlo adentro!
¡Y qué pesar tenerlo que sacar!

Don Justo, por más que se sacaba y ponía el sombrero y se rascaba la cabeza, no pudo dar con la respuesta. Y devolviéndole la guitarra, el amigo caminante le dijo con una cara de avaricia:

—*¡El dinero!* —Y lo repitió tres veces. Volviendo a reír como la vez anterior.

Y como el sol ya empezaba a aparecer y antes que el amigo se fuera, don Justo volvió a su guitarra, y haciendo una postura en forma de cruz para tocar, el hombre —que lo estaba viendo— reventó por los aires como una calabaza.

Desapareció como por encanto o qué males artes. Y tan fuerte y penetrante fue el olor a azufre que dejó, que aún don Justo no se lo puede quitar de su manta de castilla.

Ni la hierba ni maleza, dicen, ha vuelto a salir en el lugar donde se le vio desaparecer. Sólo los tacos de sus grandes botas quedaron marcados en la tierra, que la lluvia ha ido borrando lentamente con el correr del tiempo.



F. Almas

el carruaje del diablo

NO HAY personaje más vanidoso que el Diablo. Le gusta hacer notar su presencia dondequiera que se encuentre. Después de las doce de la noche se le ve pasar calle arriba en un elegante carruaje. Desde lejos se escucha el armonioso trotar de sus caballos, que llegan a sacar chispas de las piedras. Una nube de azufre cubre su traje negro de cochero distinguido.

Fue en una de estas ocasiones que don Eleodoro, afligido de la poca prosperidad en sus negocios, recibió la visita de tan ilustre caballero. El Diablo le ofreció todo el oro que relucía en su traje, en sus zapatos de charol, en los arneses de sus caballos. Don Eleodoro no encontraba dónde pararse de alegría por esta riqueza, que le llegaba no sabía si del cielo, del infierno o de la tierra.

—Todas las noches —le dijo el Diablo con autoridad— tienes

que invocarme al verme pasar. Tienes que decir: “El Diablo es mi patrono, el Diablo es mi destino”. Porque si transcurre más de una noche sin hacerlo, de seguro que tu vida volverá a ser tan miserable y pobre como antes.

—Así lo haré, no tenga cuidado, que soy un hombre agradecido —le respondió don Eleodoro, haciéndole una reverencia que llegó a emocionar al amenazante Diablo.

De la noche a la mañana se hizo rico don Eleodoro. Ahora tiene hasta un molino que recibe todas las cosechas de trigo de toda la zona de Bío-Bío. Por eso la gente dice casi con envidia:

—Y pensar que apenas tenía un pequeño negocio en las afueras de la ciudad. Si lo hubieran visto lo preocupado que andaba de su destino sin remedio. Ni San Sebastián escuchaba sus ruegos.

—Apostaría mi cabeza a que el diente de oro que luce en su dentadura se lo puso también el Demonio. Cómo brilla en su cara redonda de alegría.

Cuando sienten a medianoche el lento paso del carruaje por la calle, estas mismas sencillas gentes, haciendo la señal de la cruz con los dedos de sus manos, dicen:

—Ahí va el Diablo a ver a don Eleodoro.

Y don Eleodoro, a su vez, repite con respetuoso recogimiento:

—El Diablo es mi patrono. . . , el Diablo es mi destino.

el molino del diablo

A

L ESCUCHAR el inconfundible ruido de las piedras que hacían funcionar, en otro tiempo, a un antiguo molino, los habitantes de Portezuelo rezan tres veces el San Benito. Y se encierran en sus casas a contar historias que le han ocurrido a más de uno de ellos.

—Al diablo no se le escapa una —dicen—; anda rondando cerca con no santas intenciones. Por eso está trabajando el molino a toda máquina.

Y pegan fijamente sus orejas a las ventanas para escuchar lo bien que el molino funciona, igualito como se lo habían dicho no pocas noches anteriores.

—Un viejo molinero es el que lo hace funcionar. Ahí está condenado para toda su vida a esa faena agotadora. ¡Pobre molinero, nunca supo que trabajaba para el miserable Demonio!

Un hombre de carácter irritable, violento y despiadado era el dueño del molino. De un mal genio como hay pocos. A menudo

daba un trato fuera de toda conducta humana a su anciano cuidador. De todas partes llegaban carretas cargadas de sacos de trigo con las cosechas del año, y el viejo molinero no hacía más que poner sus espaldas, sin descansar ni comer, y menos dormir.

Mientras tanto, el inñoble patrón se enriquecía más y más, ajeno a todo esfuerzo, porque sólo órdenes daba. Así controlaba la lluvia, también, a su caprichoso antojo. Si el molino dejaba de funcionar, era inevitable que la lluvia inundaría todos los lugares cercanos. Y esto de su buena o mala voluntad dependía.

—Es una cosa que el molino se detenga, y al tiro el cielo se cubre de oscuros nubarrones. Lluvia segura, se ve venir el aguacero. ¡Ese ricachón dueño del molino algún negocio tiene que tener con el Diablo! Así no más no ocurren estas cosas.

—El Diablo tiene que andar metiendo su cola por aquí.

La vida se le fue haciendo imposible al humilde y tranquilo molinero. Y a tal estado de desesperación llegó, que le fueron saliendo pelos en la lengua, y puras maldiciones empezó a decir contra su aprovechador patrón un día que ya no pudo soportarlo más:

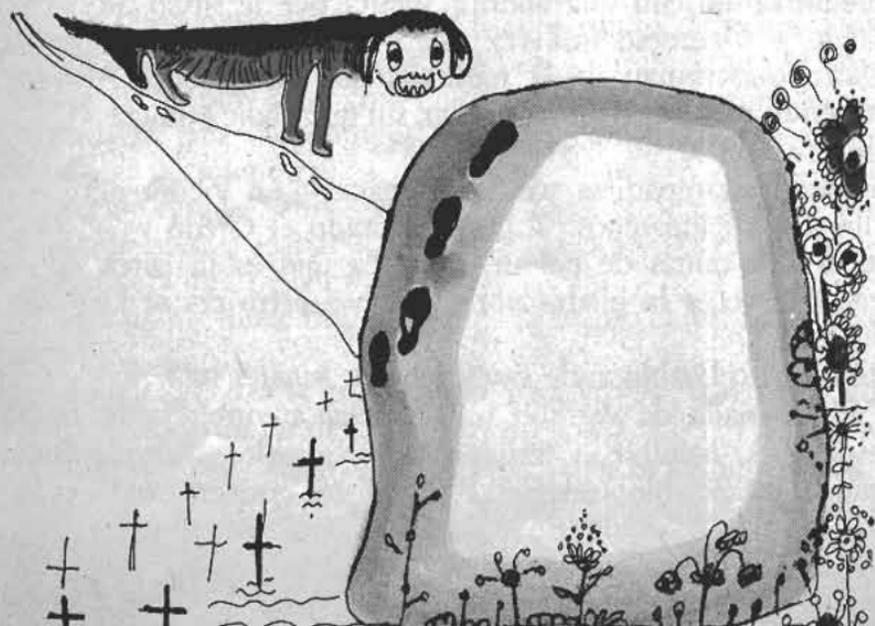
—¡Que te lleve el Diablo, hombre sin corazón, y te quemes en los infiernos! Ahora tendrás que trabajar tú, yo abandono este molino, que puras torturas me ha dejado. Tarde o temprano las pagarás como se merece.

—¡Grandísimo bribón! —le respondió el patrón, que se sentía atropellado y ofendido—. Por esas palabras dichas contra mí, te

quedarás convertido en piedra del molino para que trabajes siempre. Entonces yo me reiré de ti de buenas ganas.

Y el viejo molinero, sin alcanzar a entender las mágicas frases de su patrón, quedó transformado inmediatamente en una de las piedras que mueven el molino. El patrón no era otro que el Diablo disfrazado de propietario de un gran molino.

Cuando el tiempo está bueno, se oye muy clarito cómo funciona el molino, lugar adentro de Portezuelo, con su viejo molinero haciéndolo girar lentamente todos los días.



las patas del diablo



UANDO se va a la cordillera por el camino a Antuco, se encuentra uno con una enorme piedra que le sirvió de refugio al Demonio una vez que quiso engañar a un par de arrieros que venían de la montaña con su ganado. Al verse sorprendido, se convirtió en piedra, sin que nadie pudiera moverla del lugar.

—¡Y ahí están estampaditas sus cuatro patas! “La Piedra del Diablo”, la llaman los lugareños. Y pasan rezando el Credo y haciendo cruces con ramas de palqui cada vez que están cerca de ella, y golpean tres veces la piedra por si todavía estuviera el Diablo oculto por ahí.

Como el maldito Diablo anda suelto por los lugares más inesperados, no es nada de extraño toparse con su interesante figura en nuestros puentes, caminos y calles de los pueblos. Adopta todas las posturas que es posible imaginar. Según su conveniencia, es

un gigantesco perro que ladra a la desesperada, con unos ojos que le brillan en la oscuridad.

Por la huella que va dejando a su paso, no es nada del otro mundo descubrirlo. Piedras, rocas y hasta troncos de árboles tienen la marca irreversible y denunciadora de sus correrías.

Dice la gente con resuelto interés y afán de vérselas cualquier día con el Diablo:

—Por aquí anduvo don Sata, de seguro que andaba haciendo diabluras, engañando a cuanto pobre hombre crea en sus maliciosos negocios. A mí me gustaría encontrármelo, cómo le iría al Cachudo ese.

La feroz pata del Diablo estuvo a punto de echar abajo el puente que construían unos trabajadores en Corral. Uno de los obreros trabajó como por diez, con un ahínco y entusiasmo que llamaron la atención de sus compañeros, que no comprendían quién era este incansable personaje:

—¿De dónde habrá venido este encolerizado fulano? Trabaja como si se fuera a acabar el mundo. Ni la cabeza es capaz de levantar para mirarle la cara.

—A mí me huele mal este gallo. Es bueno el trabajo, pero no tanto.

—Déjenlo, a este tipo me lo arreglo yo. Algo tiene que guardarse bajo el poncho, así no más no hace esta gracia.

Cuando estaba por concluirse el puente, los obreros se

persignaron al pasar por allí un funeral, y el extraño trabajador se vino puente abajo como por arte de magia, sin antes haber dejado la señal de su rabiosa patada. Y un olor a azufre tan fuerte quedó en el lugar donde estaba trabajando, que hizo estornudar a gritos a todos. Este no era otro que el mismo Diablo en persona, que aprovechaba a sus anchas tan excelente oportunidad de hacer más de algún pacto con los trabajadores del puente.

Al otro lado del río Itata una roca conserva la pata derecha, que es más pequeña que la izquierda, del Demonio. Fue su manera de firmar un contrato con el dueño de un fundo de esos lugares. Como el agricultor dudara de la efectividad del pacto, que obligaba al Diablo a hacer producir en abundancia sus campos, el astuto Diablo hizo la gracia de marcar con su pata tan solemne compromiso en una roca.

El Diablo, limpiándose la boca con un rojo pañuelo de seda, le dijo para que no tuviera sospecha alguna:

—El día que se borre esta pata, será el último de tu vida y yo dispondré de tu alma a mi antojo y paciencia.

Y se las echó corriendo río abajo muerto de la risa.

los que habitan
más allá
del país
de las
maravillas





la misteriosa ciudad de los césares

SI LOS habitantes de la Ciudad de los Césares logran alguna vez salir de ella, pierden irremediablemente la memoria y jamás podrán recordar, ni en su más pequeño detalle, el lugar donde estuvieron. Todo será en ellos como si nunca hubiesen vivido. Y aun el hablar y comunicarse con las demás personas les traerá dificultades.

Andarán perdidos por otras ciudades como extraños seres venidos de otros mundos.

Sólo los que poseen un don casi sobrenatural han podido ver con sus propios ojos la misteriosa ciudad. Otros, aunque sea tarde, mal y nunca, han ido más allá de todos sus propósitos por buscarla, sin llegar a destino cierto. O se extravían regresando al mismo punto de partida, sudorosos de cansancio y dejando de lado toda nueva aventura.

—¡Un puro espejismo! —dice don Rosendo Retamal cuando se

pone a hablar de estas cosas. Y agrega con resignación—: Se puede estar a un paso de la maravillosa ciudad, pero mientras más cerca está uno de ella, más se aleja, más se retira montaña adentro.

Nunca se pone el sol en la Ciudad de los Césares. Y como el sol brilla ahí a muchos kilómetros de distancia, pareciera que siempre es la hora del mediodía.

Cuenta también don Rosendo, con esas ganas de salir siempre con la suya:

—Pero si uno se pone a mirar hacia la cordillera, la noche de San Juan o la noche del Viernes Santo, de seguro que verá la Ciudad de los Césares en todo su luminoso esplendor.

Y tal como le ocurrió este suceso en uno de sus tantos viajes por la región donde, se supone, existe la ciudad encantada, Rosendo Retamal habla con la seguridad de quien lo ha visto todo:

—Un día, por pura curiosidad, porque en eso no me la gana nadie!, me quedé mirando más que boquiabierto, por si acaso no más; a lo mejor conseguía mi deseo de divisar las altas torres de oro macizo de la ciudad enclavada en medio de los Andes.

De manera que no fue nada de difícil darse cuenta de aquella increíble y portentosa existencia de un pueblo nuevo ante sus grandes ojos: el oro y la plata relucen en los techos de las casas y en las cúpulas y torres de los edificios. El lago que rodea la ciudad es un enorme espejo en el cual se refleja doblemente el sol. Por eso puede verse la Ciudad de los Césares, por muy lejos que se esté.

Don Rosendo dice con asombro:

—Es el único paraíso que existe en la Tierra. Sus habitantes viven ajenos al tiempo, felices y sin apremio alguno. Porque nunca nadie envejece. Nacen y viven eternamente. Es la gloria para disfrutarla a pedir de boca.

Y cuenta también:

—Si por mero descuido se destruye algo, se cae un muro, se quiebra una viga, se destroza un cristal, rápidamente es reparado como por arte de encantamiento. Sus habitantes no tienen necesidad de sacrificios y esfuerzos como el común de los mortales. Jamás trabajan y todo lo que desean está a su regalado gusto.

No existe, pues, otra ciudad que se le asemeje a la Ciudad de los Césares. En cualquier lugar de la cordillera de los Andes, donde el sol brille más de lo acostumbrado, será señal suficiente para decir que ahí se levanta la orgullosa ciudad.

De seguro que don Rosendo debe andar a estas horas por tales lugares, esperando la noche de San Juan o la noche del Viernes Santo para no perder su valiosa memoria.

la muchacha encantada del cerro santa lucía



UIEN puede cantar tan bellamente? —se preguntaban noche a noche los que, por una u otra razón, pasaban cerca del cerro Santa Lucía. Una maravillosa canción como venida de todas partes, sin que nadie pudiera identificar claramente de buenas a primeras. Pareciera que todo cantaba, también los árboles y las plantas y las flores que durante el año eran la delicia del lugar.

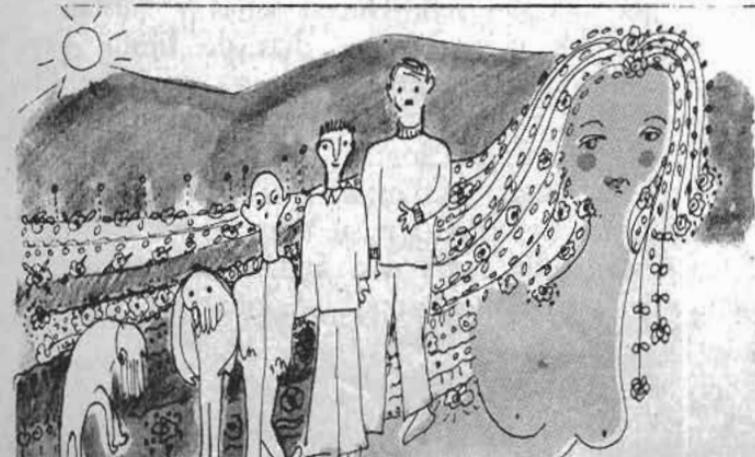
Cuentan que una hermosa joven es la que canta. Desengañada de su amor primero, se fue al cerro para siempre. Y ahí vive guardada en una caverna por un viejito barbón. Al llegar la noche hasta el amanecer canta su propia y larga historia de amor. Nadie que tenga los oídos bien limpios deja de escuchar la dulzura de estas canciones.

En los tiempos que el cerro Santa Lucía estaba abierto por todos sus costados y no había cuidadores que controlaran la entrada y

salida de sus numerosos paseantes, era común que más de alguien se aventurara a pasar la noche allí. Lo motivaba la belleza vegetal del lugar o la tranquilidad nocturna del verano o el inicio evocador de un romance. Se estaba cerca de la tierra y del cielo, a la vez que nada extraño perturbaba el sosiego deseado.

Era entonces cuando veían, con asombro y alegría, la figura de un viejito pequeño y barbón y corriendo como a saltos de un lugar a otro atraído por la cautivante canción. Y mientras más la escuchaba, más joven y apuesto se iba poniendo, hasta el punto de transformarse en un noble y enamorado galán.

Y como el canto llegaba a su término a la hora del amanecer, la fina apostura del joven volvía de nuevo a su condición anterior, haciéndose pequeña y vieja. Con los primeros rayos del sol el encantamiento había desaparecido. Por eso el cerro Santa Lucía causa todavía tanto irresistible embrujo a los jóvenes enamorados.



el lugar donde habitan los duendes

DUDAR de la palabra de doña Flor Labra sería poco menos que pecado mortal. Por algo la puso Dios en la Tierra, para que contara todo cuanto vieran sus pícaros ojos más allá de la simple redondez de sus vasijas de greda.

—Ciertísimo que los duendes existen —dice con gracia—. Los he visto desde las alturas de estas serranías. En esa quebrada de Los Pilonés, ahí abajo, viven. Hacen señas y llaman con insistencia para que una los visite en sus días de fiesta. Pero por todas las riquezas que ellos me ofrecieran, no iría ni amarrada.

La gente de las cercanías de Cauquenes va a menudo a la quebrada con la intención de verlos, sin lograr, por cierto. Tanto han oído hablar de estos duendes, que quieren estar cerca de ellos en sus diabluras y zafarranchos. Pierden su tiempo; los duendes, celosos de su escondite, desorientan a los que andan tras sus pasos.

—Sólo las que tenemos liviana la sangre —confiesa doña

Flor— podemos saber la ubicación exacta de estos personajes y observarlos sin sobresalto alguno. Les gusta llamar la atención; por eso visten con trajes de lana de vivos y atrevidos colores.

”Siempre que a una le falte una gallina o un cerdo, o más de una ternera, no hay por dónde perderse: lo están cebando los duendes de Los Pilonés, porque se alimentan de cuanto animal vivo encuentran a mano. Y si a una la sorprenden dormida, capacito que se la coman también.

”Así le sucedió a un hermano de mi comadre Mercedes, que llegó un día a su guarida y lo invitaron a cenar y lo colmaron de riquezas y de licores de un sabor como de fruta de grosella. Y tanto comió y bebió que se fue quedando dormido y los duendes empezaron con su cuerpo a terminar la fiesta. Después lo encontraron muerto entre unos membrillares. ¡Quién lo creyera, los duendes traviosos y alegres!

”Por eso, cada vez que a una la inviten a beber una copa en un lugar desconocido, hay que decir para sí misma:

*“Quien bendijo el pan
y bendijo el altar,
bendiga esta copa
que voy a tomar
para que no me cause
ni daño ni mal.”*

Desde tiempos inmemoriales habitan los duendes en esta

quebrada. Siempre se les ve igualitos, con sus vestidos rojos, como que no envejecieran. Miden menos de un metro. Y como una mata de retama florida tienen de amarilla la cabeza. Comen y beben como si se fuera a terminar el mundo. Por esto causan tanta envidia a los que los observan. Y no es para menos, sus festines se prolongan por semanas.

Durante las noches de verano cantan y bailan que es una diversión, al mismo tiempo que todo el cielo se llena de titilantes estrellas.

—Si una se pone a contar las estrellas —dice doña Flor Labra tratando de no levantar la vista al cielo—, sabe inmediatamente el número de duendes que viven en Los Pilonos. Pero esto trae mala suerte a quien lo hace, ya que en sus manos y cara le brotarán verrugas como por espanto.



el carretero encantado



SIMPLE vista se puede observar a un alegre y apuesto carretero que con su carreta y los bueyes va de un lado para otro, en el fondo de la laguna, cargado de plantas, hierbas, peces y otras especies acuáticas.

El joven carretero guía su carreta por todo el contorno de la laguna, dejando plantas allí donde no las hay, cuidando de los nidos de aves nadadoras y protegiendo a los peces del entusiasmo de los pescadores.

Quienes viven en los alrededores de la famosa laguna de Aculeo no pierden detalle de lo que cada cierto tiempo ven sus ojos y escuchan sus oídos:

—En las noches en que la luna llena ilumina todo el cielo, porque tiene que ser sólo con luna llena, las aguas de la laguna de Aculeo adquieren un color poco acostumbrado, se ponen azulísimas,



F. Alamos

cristalinas y transparentes, hasta el extremo de ver todo lo que existe y ocurre más abajo de sus aguas.

—Es entonces —dicen también— cuando el carretero azuza a sus tranquilos bueyes. Y se escucha cómo crujen con fuerza las ruedas de la carreta.

—Cuando esto ocurre, ningún pescador se aventura a internarse en la laguna, por mucho entusiasmo que tenga, ya que los peces y las aguas están también encantadas. Y basta que alguien toque apenas las aguas para que el encantamiento lo haga suyo. Y lo acompañe para el resto de sus días, sin poder salir del fondo de la laguna.

Los pescadores —que saben a ciencia cierta cómo pica el salmón en esta laguna— cuentan que gracias a este bendito carretero, la laguna de Aculeo ha podido poblarse de bellas plantas y de truchas y salmones que es una verdadera fiesta y maravilla. El carretero llena así de beneficios a los habitantes aledaños de la laguna, que alegres y gozosos esperan que nunca se les acabe la fuerza de este prodigio.

—Debe estar feliz en ese lugar el carretero —dicen—. ¡El enturbia o limpia las aguas a su antojo!

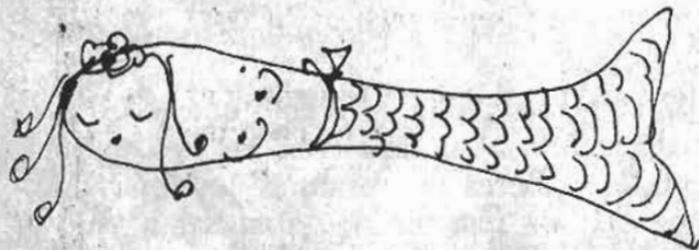
El carretero quedó encantado una noche de verano que se extravió del camino que lo llevaba de regreso a su casa. Más de tres semanas que había abandonado su hogar en busca de aventuras amorosas. Al encontrarse perdido, no le quedó más remedio que atravesar a vado la laguna, que quedaba en esa dirección. Pero a medida que la carreta

avanzaba las aguas se iban retirando, como abriéndole paso, lo que aprovechaba el joven carretero para llenarla de peces y plantas. Cuando estaba por salir, alegre y regocijado por su cargamento, las aguas se hicieron impetuosas y lo cubrieron totalmente, arrastrándolo hasta el fondo pantanoso de la laguna.

Y ahí quedó en su nueva vida, moviéndose de un lado para otro, sin desesperarse jamás, ajeno a las desgracias que le habían acontecido cuando vivía en el puro y simple mundo terrenal.

Y dicen que el encantamiento se va a terminar cuando la laguna de Áculeo se seque, porque un día no lejano se secará y las aguas empezarán a volverse turbias y fangoso será el lugar que quede sin rastro alguno de carretero.

Para que ello no ocurra, los pescadores deben volver a lanzar al agua el primer pescado que hayan cogido en sus anzuelos, sin dejar pasar un minuto de tiempo. En caso contrario, la laguna de Áculeo se secará fatalmente.



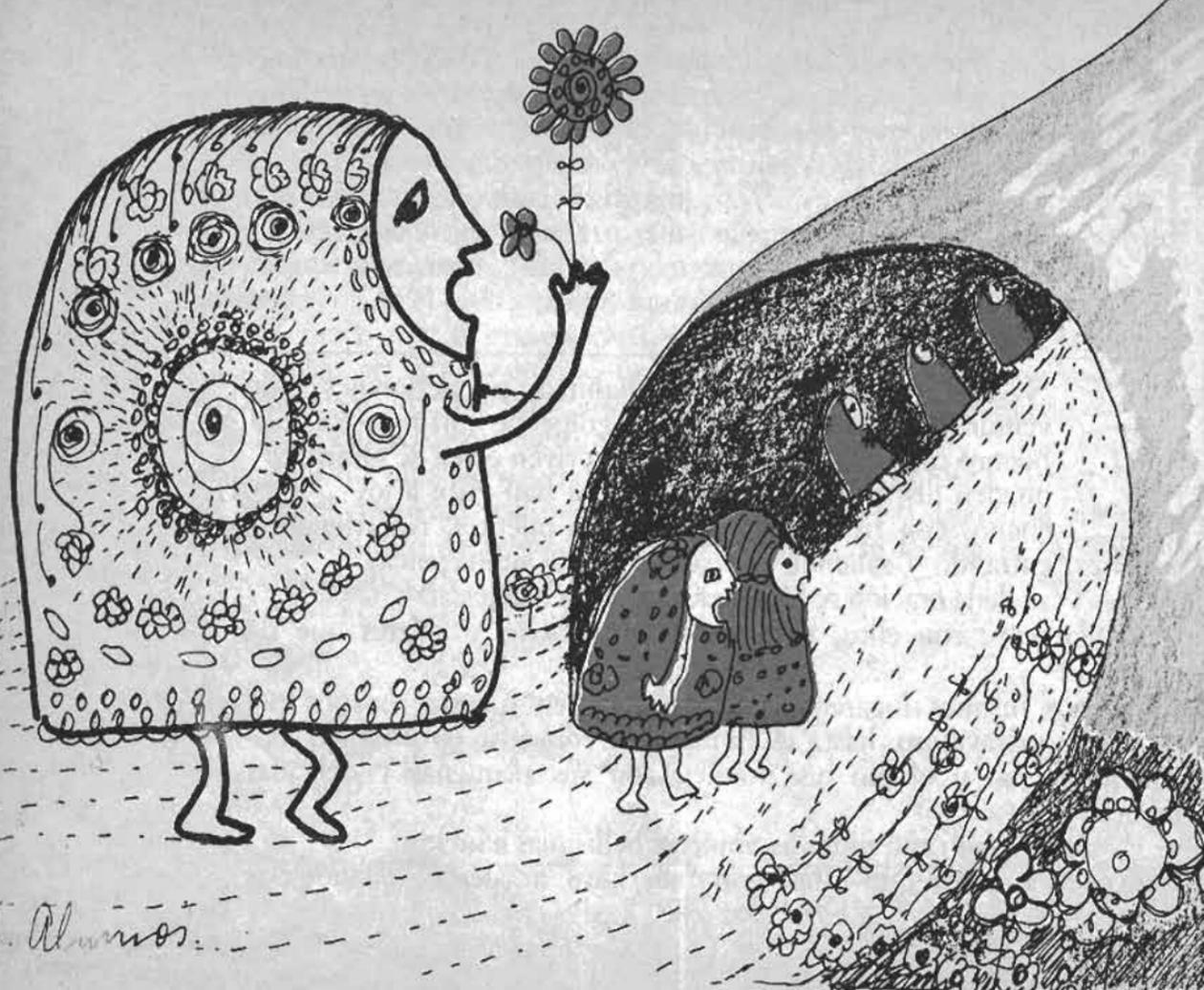
la gruta de los enanos

E NCONTRARSE con un lugar habitado por personajes como venidos de otro planeta, es un golpe de fortuna que sólo los buenos campesinos y lugareños que viven cerca de Quirihue pueden disfrutar a sus anchas. Ellos han visto a los enanos con frecuencia, atravesando puentes, recorriendo caminos, entrando y saliendo por sus cavernas subterráneas.

—A eso de la oración se les puede ver y aun conversar tranquilamente con ellos, porque son inofensivos y alegres que da gusto.

Estos mismos lugareños cuentan también que los enanos poseen un poder maravilloso, hasta el extremo de convertir en prodigio cualquier cosa u objeto que toquen con sus pequeñas y delgadas manos.

—Así halagan con riquezas, mujeres bellísimas e incluso rejuvenecen a los que están con más años a cuestas, cuando las



Almos.

personas se portan amables y respetuosas con ellos. Les permiten, también, admirar y disfrutar de los palacios que habitan, entrar a otras grutas y gozar de extensos jardines cubiertos de plantas y flores.

—Con el simple hecho de oler con sus propias narices una flor de tan bellos jardines, la felicidad los acompaña para siempre y toda la vida. Estas flores solamente en la gruta de los enanos se cultivan y son de un color rojo como de fuego, y de una fragancia y aroma que hace cerrar los ojos de júbilo.

—Pero ¡ay de aquellos que los molesten o no los dejen tranquilos o les hagan alguna mala jugada! —dicen sentenciosamente los que saben de estas realidades—. Los enanos los maldicen y se quedan a medio camino extraviados de sus rutas y la desgracia los hará, así, arrastrar el poncho siempre sin pena ni gloria.

—¡Los enanos siempre se vengan de la gente!

Durante los meses de verano la Gruta de Santa Rita, cerca de Quirihue, es una fiesta de nunca acabar. Los enanos, que viven ahí desde que Dios creó el mundo, cantan y bailan y saltan con una alegría que los retrata de cuerpo entero.

Relatan los que han andado por estos lugares, buscando aventuras, descubrimientos inexplicables y misteriosas cosas y seres que existen:

—No son muchos los que se aventuran a entrar a la galería subterránea de la gruta donde viven. Pero es cosa de entrar a la hora

del atardecer. El pavor y el prodigio y el encantamiento sobrecogen al más atrevido. Por más que se abran tamañamente los ojos, es imposible encontrar un poco de luz en la oscuridad de la caverna.

—El que ha dado ya un paso no puede volver atrás. Algo lo induce, lo empuja a viva fuerza, a avanzar más y más. Y lo que en un comienzo era oscuro y silencioso, se vuelve luminoso y bullente.

Cuando ya se oculta el último rayo del sol, se dejan oír en la Gruta de Santa Rita dulcísimas melodías y sonidos que suben del fondo de la tierra. Es entonces el mayor instante de regocijo y alucinación para los que están en el interior de la gruta. Casi no pueden comprender al mundo maravilloso que asisten. Los mismos enanos los llevan a uno y otro lugar, hasta volver a salir por los oscuros túneles, como al principio.

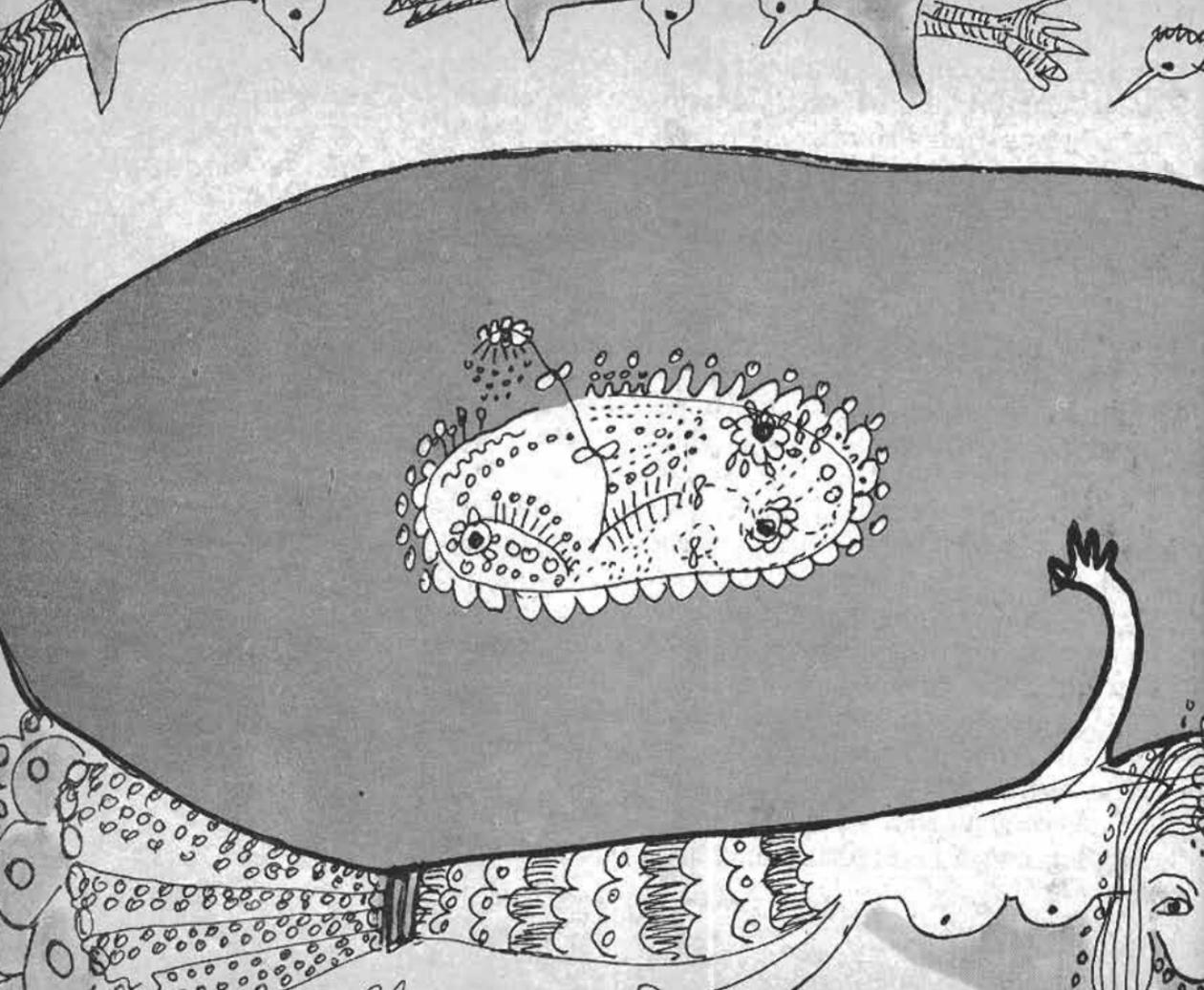
Terminado el verano, nadie puede acercarse a la Gruta de Santa Rita. Los enanos se encierran a pasar los largos meses de lluvia en las galerías rocosas. De vez en cuando reciben la visita de unas elegantes hadas, que llegan a la gruta en forma de veloces aves, y se entretienen en conversar y divertirse, ¡como que hay vida!, con los buenos y bondadosos enanos.

la sirenita de la laguna de quillón

SE LE escucha cantar a medianoche. ¡Cómo canta la Sirenita de la laguna de Quillón! Su voz despierta a los lugareños y a cuanta gente pueda escucharla desde algún lejano lugar. Habita en un islote que existe en medio de la laguna, casi oculta entre plantas y arbustos y árboles de hermoso follaje. Se escucha sólo su canto, no se le ve.

La víspera de San Juan, dicen, es posible verla. Y escuchar su más perfecta y prolongada canción de amor. Porque no hace otra cosa que cantar, mientras peina sus largos y rubios cabellos. Con peine de oro limpia su frondosa cabellera.

Hasta los pájaros de la noche dejan de cantar cuando la Sirenita inicia su apasionado canto. También el viento se detiene. No se mueve ni una rama. Todos escuchan extasiados, atraídos por tan dulce y maravillosa voz. El lento ondular de las aguas de la laguna acompaña el ritmo de su melodía. Sus canciones hablan de las penas y alegrías por un hombre amado, que nunca ha podido conocer como Dios manda. Aunque vive rodeada de doce jóvenes



donceles, que encantados y prisioneros los tiene en el fondo de la laguna. Por no aceptar sus amorosos requerimientos los ha condenado a vivir permanentemente a su lado.

Para la noche de San Juan los invita a cenar, y consiguen su libertad por no más tiempo del que dura la fiesta. La Sirenita viste sus mejores trajes y canta mejor que nunca. Los jóvenes donceles caen extasiados ante su extraordinaria presencia. El amor vuelve a redimirlos. Y los brindis y promesas hacen la felicidad de los invitados.

—Ojalá esta noche no terminara jamás —dicen con entusiasmo los jóvenes invitados—. Todo es tan bello aquí, que ya no tenemos ganas de regresar a nuestras moradas. ¡Oh, qué dicha vivir al lado de la Sirenita!

—Los llevaré a dar un paseo por lugares que únicamente yo conozco —responde gentilmente la Sirenita—. Mis dominios son tan poderosos como mis canciones.

—Tus canciones nos hacen bien, Sirenita, nos hacen olvidar el cautiverio al que nos condenas.

La fiesta llega a su completa plenitud cuando ella los hace pasear por la laguna, mostrándoles desconocidos y exóticos lugares.

—Esta es una máquina para hacer canciones —les dice la Sirenita sin dejar de sonreír un solo instante—. Porque no soy yo la que canto. Todo el amor que les quité a ustedes está en el interior de esta máquina. Son ustedes los que cantan en mí.

Y los jóvenes donceles se miran unos a otros, sin poder decir palabra de la maravilla que ven ante sus ojos.

—Pero ¡cuidado! —advierde la Sirenita—, también hay tres campanas encantadas que yo puedo tocar a mi voluntad. Apenas toquen, todas las maravillas habrán terminado.

Cuando se escucha el tañer de campanas como llamando a triunfo, uno a uno los jóvenes encantados regresan a sus lugares habituales, tristes y acongojados.

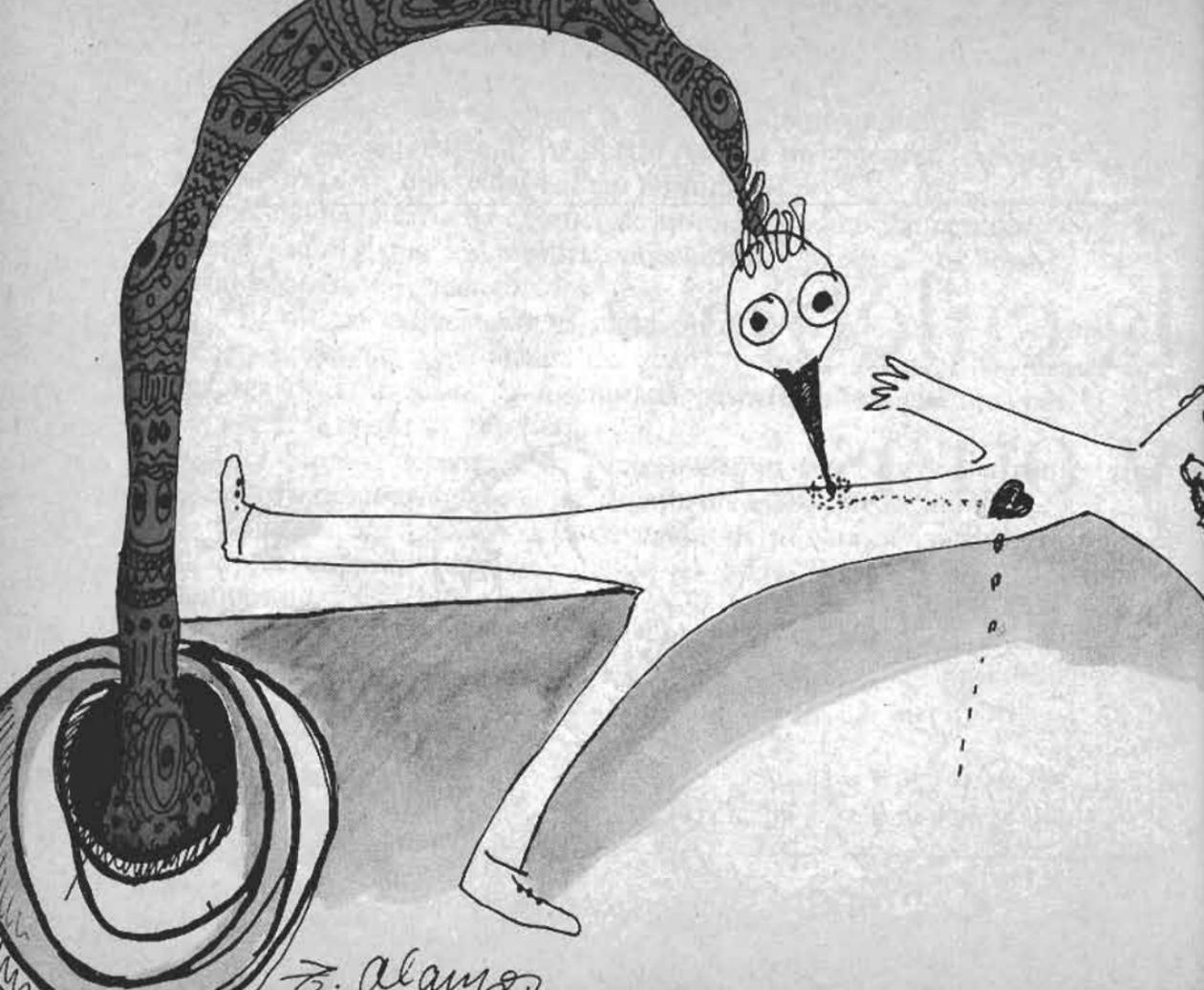
El último en regresar es el favorito de la Sirenita. Lo corona de besos y caricias que llenan de gozo al joven galán. Ella misma se encarga de ir a dejarlo a su morada hasta el año siguiente, por la víspera de la noche de San Juan.

La Sirenita retorna a su islote a peinar sus cabellos y cantar sus encantos y desencantos de amor. Solamente el día que la Sirenita de la laguna de Quillón deje de cantar terminará el encantamiento. Y los jóvenes donceles volverán a ser libres como en sus buenos tiempos.



la culebra
y otros
animales





Z. Alamos

la culebra que tiene cabeza de gallo



ANDAR por las habitaciones oscuras siempre es peligroso, dice la gente. Puede salir la culebra que tiene cabeza de gallo y matarlo a uno con su pura mirada.

En los rincones de las casas vive esta culebra. Nace de un huevo redondo y pequeño, de color celeste, que pone el gallo cuando está viejo. Con el solo asomar la cabeza de la cueva en que vive, la culebra ubica a la persona que quiere hacer su víctima. Y con su mirada fatídica que tiene, la víctima elegida pierde la cabeza, cayendo desmayada al suelo. Es entonces el momento que aprovecha la culebra para chuparle la sangre hasta dejarla seca como tabla.

La culcra se alimenta así de pura sangre humana y su cuerpo se infla tanto que apenas cabe en su cueva, donde vive oculta por meses.

Cuentan que la persona que encuentra uno de estos huevos tiene buena seña, la suerte estará con ella por mucho tiempo. Pero para que ello ocurra debe romperlo de inmediato y evitar que la culebra con cabeza de gallo nazca. Si no lo hace, la persona que encontró el huevo cae irremediabilmente bajo los efectos de su mirada de muerte.

Don Primitivo Vásquez cuenta que a no mediar el oportuno aviso de la Divina Providencia, la culebra con cabeza de gallo no le habría dejado gota de sangre en su cuerpo, una noche que dormía solo en el cuarto de su casa.

—Alcancé a darme cuenta —dice— cuando me miraba de frente, sin mover sus dos ojos que no tenían párpados. Pero yo fui más listo. Y le puse un espejo, alumbrándola. Y la culebra huyó espantada de su propia fatídica mirada.

Nunca más la vio don Primitivo, por lo que cree que murió por efectos del alumbramiento de su espejo.



las plantas carnívoras de la laguna de las tres pascualas

EN LOS tiempos cuando llovía cuarenta días y cuarenta noches, los habitantes de la Villa de Concepción llegaban a humedecerse de tanto vivir encerrados bajo el techo de sus casas. Solamente la llegada de la primavera o el verano los hacía salir de sus viviendas, en busca del aire y del sol renovador.

Y como la naturaleza ha sido pródiga con esta región, su mar, sus ríos y sus lagunas cercanas causan el entusiasmo y la admiración de quienes los frecuentan. La famosa laguna de las Tres Pascualas es la preferida por su belleza y magnetismo de sus aguas. Azulitas eran sus aguas, como un ojo de mar, tranquilas y apacibles, un espejo caído del cielo. De sus juncos y pajonales volaban bandadas de patos y otras aves que tenían ahí sus nidos.

Peró extrañas plantas con tentáculos como de pulpo tenían en

el fondo de la laguna su refugio. Por eso eran muy pocos los que se atrevían a entrar en sus tibias aguas. Ni siquiera un pic, por temor a ser atrapados por las terribles “mantas” marinas.

—Nadie, tampoco, iba a ser tan caído del catre para ir a bañarse a esa laguna —contaban los penquistas—. El día menos pensado se comían al mejor nadador con huesos y todo. Esas algas se lo devoran enterito y jamás vuelven a aparecer a la superficie.

La laguna de las Tres Pascualas era de tal hermosura y esplendor que, aunque no se podía gozar de sus aguas, alegraba la vista contemplarla.

—Desde el cerro La Pólvora se observa, con mucha claridad, cómo se mueven en el fondo de la laguna esas “mantas” en espera de su delicioso festín. Son monstruos marinos que quedaron encerrados sin poder salir hacia el océano. Se ven arrastrándose y respirando profundamente como si toda la tierra resollara.

Los mismos penquistas cuentan también que no hace mucho tiempo, esta famosa laguna se secó y ahora es un pantano cubierto de maleza, hierbales y árboles que crecieron de la noche a la mañana.

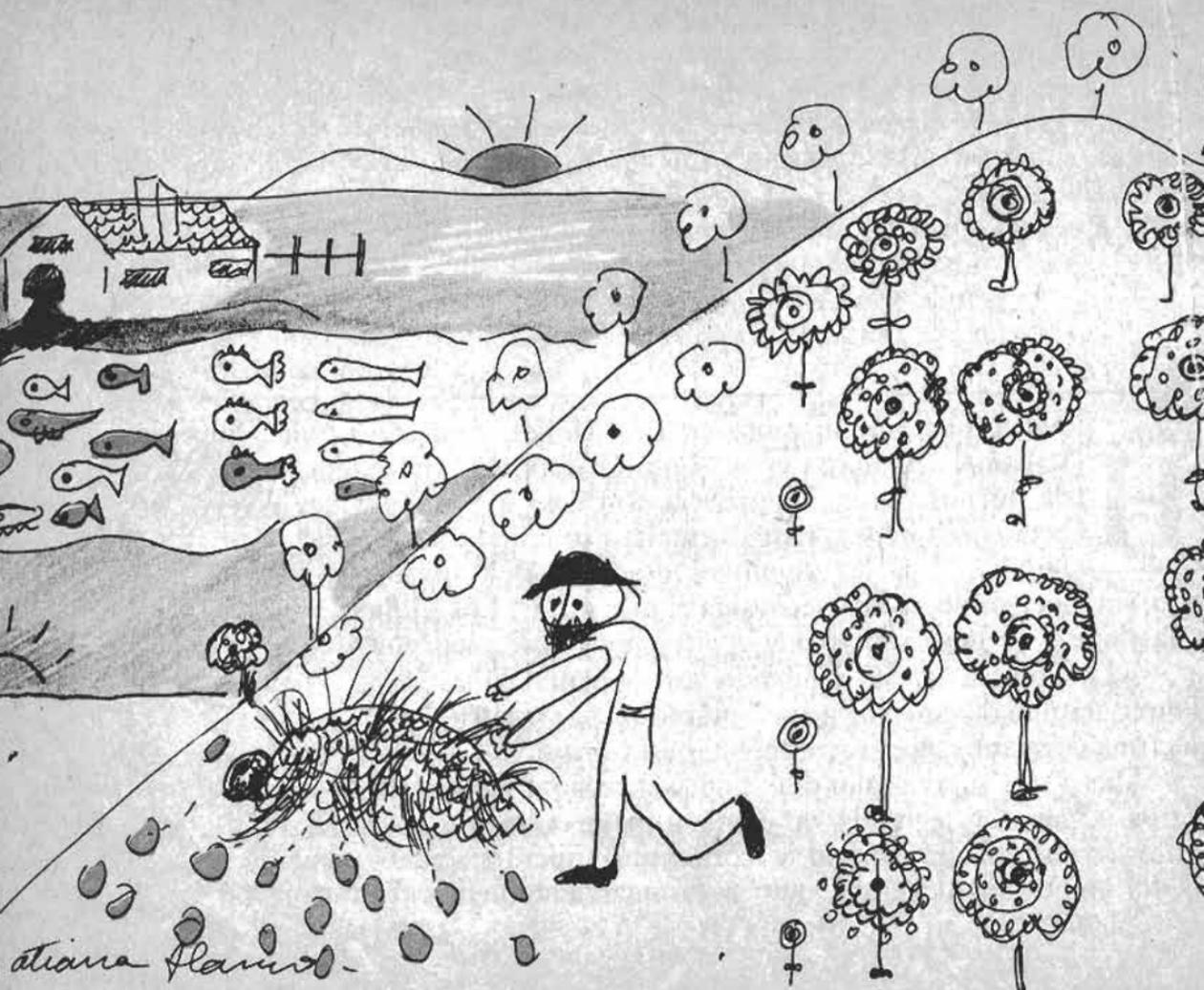
Y las “mantas” crecieron en forma de grandes sauces llorones, a cuya sombra las Tres Pascualas lloran también sus incontenibles penas de amor. Porque fueron estas plantas las que vivitas se las comieron una tarde que, desnudas, como ágiles ninfas, se bañaban en tan tentadoras aguas.

el quirquincho del norte chico

HABIA una vez un señor en Los Molles, cerca de Ovalle, que se llamaba Tomás, y era un hombre tranquilo, trabajador, de buenos tratos. Y no hacía otra cosa que cultivar sus pequeños huertos, y esto alegraba a su mujer y a su familia. Y ni los domingos descansaba. Y de un día para otro, sin saber cómo, se hizo rico y era el más rico de Los Molles, y la riqueza lo puso soberbio y egoísta y de malos sentimientos.

—La avaricia lo fue poniendo así —cuenta doña María Teresa Torres, natural de estos lugares y conocedora por tradición y doctrina de cuanto suceso acontece a unos y otros.

Dicen que un día salió don Tomás a recorrer las laderas de los cerros cercanos y, cansado de caminar bajo el sol de la tarde, se sentó en una piedra común y corriente y mientras estaba sentado la piedra empezó a moverse, como a caminar lentamente. Y don



atiana flavus

Tomás creía que era el peso de su cuerpo el que hacía deslizar la piedra ladera abajo, y llegó un momento en que no pudo soportar más tan incómoda posición, y parándose de golpe dio un puntapié a la piedra con uno de sus botines y la piedra se partió en dos. Y fue en ese instante que don Tomás tuvo real cuenta de lo que había hecho: la piedra era el mismísimo quirquincho que los días viernes sale a recorrer los cerros de Los Molles llevando oro y plata escondidos en su caparazón.

—Por eso se hizo rico, este hombre llamado Tomás, porque mató al quirquincho —dice doña María Teresa—. Pero también lo castigó la avaricia, y por haber dado muerte a este buscado animalito en día viernes, tuvo los más desgraciados pesares de su vida.

Con el oro y plata que el quirquincho guardaba en su caparazón, Tomás hizo fructificar sus viñas y sus plantíos. Hizo hacer también un gran estanque en el patio de su casa y lo llenó de toda clase de peces. Y cada día estaba más soberbio, que ni su familia ya lo soportaba; era como si hubiese realizado un pacto con el Diablo.

Un día sacó más de una docena de peces de su estanque y ordenó que los guisaran y al olor del guisamiento llegó toda la familia de Tomás que se les hacía agua la boca. Y al momento de ponerlo sobre los platos los pescados se iban transformando en culebras que se movían igual que si estuvieran en el cerro. Y esto asustó mucho a la gente, que salió corriendo y dando gritos sin creer en lo que sus propios ojos veían.

Esto fue haciendo más soberbio a Tomás y aumentando más su mala fama, que ya pocos se atrevían a conversar con él. Doña María Teresa Torres cuenta que al tiempo después de este suceso, el hombre Tomás aumentaba su fortuna y también su desgracia. Por esas semanas cayó enfermo en cama, con fiebre y sin poder levantarse. Entonces con remedios de yerbatero quisieron sanarlo, pero no fue posible y un día lo encontraron muerto en su cama y cuando quisieron sacarlo se encontraron que de la cintura para abajo era un enorme culebrón. Y el culebrón estaba vivo y se movía y la otra parte de la cintura para arriba con la forma del hombre estaba muerta.

Cuentan que hicieron confeccionar una jaula y metieron en ella al hombre-culebrón y se lo llevaron a la laguna del Palqui, donde el *cuero*, que es una enorme piel de animal como de buey, lo protege y lo cuida hasta hoy día.

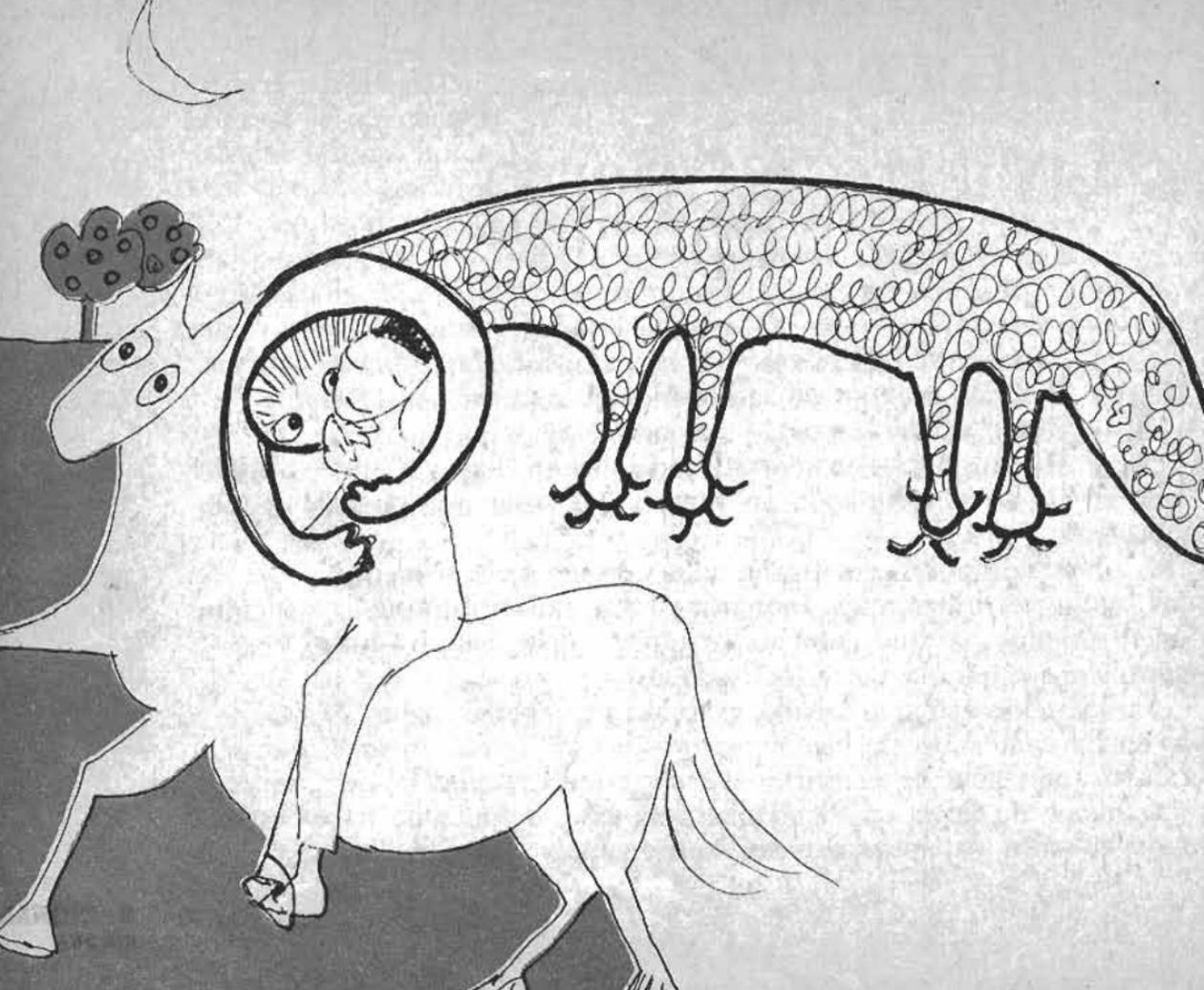
Desde entonces, nadie ha vuelto nunca más a ver al quirquincho en los cerros de Los Molles. El alma en pena de Tomás reina por estos lugares y deja inconclusa toda búsqueda posible. Y aunque el quirquincho apareciera, nada los haría caer en tentaciones, a pesar de todo el oro y la plata que lleva en su duro caparazón. ¡No vaya a ser cosa que de la noche a la mañana se vean convertidos en terribles culebrones!

la mujer que se convierte en perro

LA CHASCUDA la llaman los campesinos que la ven correr por los caminos en las noches de invierno. Viste con largas y oscuras ropas, que le sirven, según las circunstancias, para trasladarse de un lugar a otro volando. O para ir borrando las huellas que dejan sus pisadas en la tierra.

La más de las veces es una humilde y vieja mujer que recorre los caminos y los campos. Inofensiva hasta no encontrarse con algún jinete solitario, porque entonces se transforma en un temible perro, del que hay que huir a todo galope.

—Si se logra subir al caballo, lo abraza a uno por el cuello y lo suelta cuando lo ve bien muerto —dice Germaín Álvarez, quien estuvo a un pelo de ocurrirle este suceso en el pueblo de Quilleco, una noche de lluvia que regresaba a su casa, después de haber estado todo el santo día inspeccionando sus campos—. Mi caballo se



resistía a avanzar en la oscuridad del camino; por más que le clavaba las espuelas, el caballo, como que viera fuego, relinchaba a los cuatro vientos.

Y como si estuviera de nuevo viviendo la escena, Germaín Álvarez, gesticulando y moviéndose de un lugar a otro, cuenta

—Fue en ese momento cuando de entre los álamos secos que hay en el camino apareció una mujer muy pobre con unas ropas muy negras que le llegaban a los tobillos, flaca, un alma en pena, casi un esqueleto.

—Debe haber sido la Chascuda, don Germaín.

—Quizás, pues —responde—. Pero me pidió algo de comer y yo saqué de mis alforjas el poco pan que me quedaba. Al pasárselo la mujer se había convertido en un enorme perro negro que me ladraba con ferocidad y sus ojos se apagaban y encendían del puro brillo.

—Y usted, ¿qué hizo? ¡Porque eso es para morir de susto!

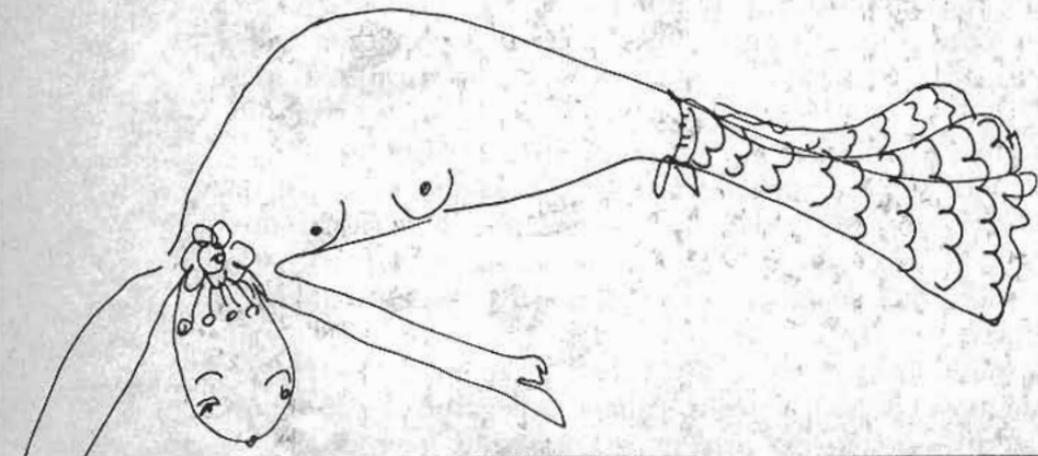
—Me encomendé a la Virgen de las Mercedes, que es la patrona de mi pueblo —dice con seguridad don Germaín—. Pero igual no más. Empecé a perder la cabeza. Y en un santiamén el perro estaba montado a la grupa de mi caballo, dispuesto a echarme abajo con todas sus fuerzas.

Tanto ladraba el perro y relinchaba el caballo, que otros campesinos, montados también en sus caballos, llegaron a ver lo que acontecía. Y el perro, que no era otro que la misma Chascuda,

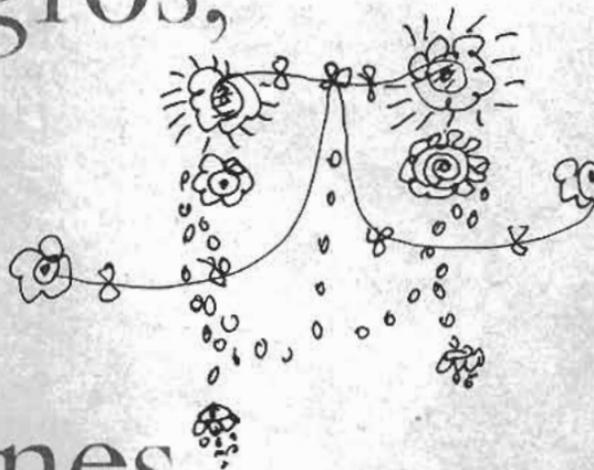
desapareció como por misterio, sin que la alcanzaran los disparos de escopeta que le hicieron.

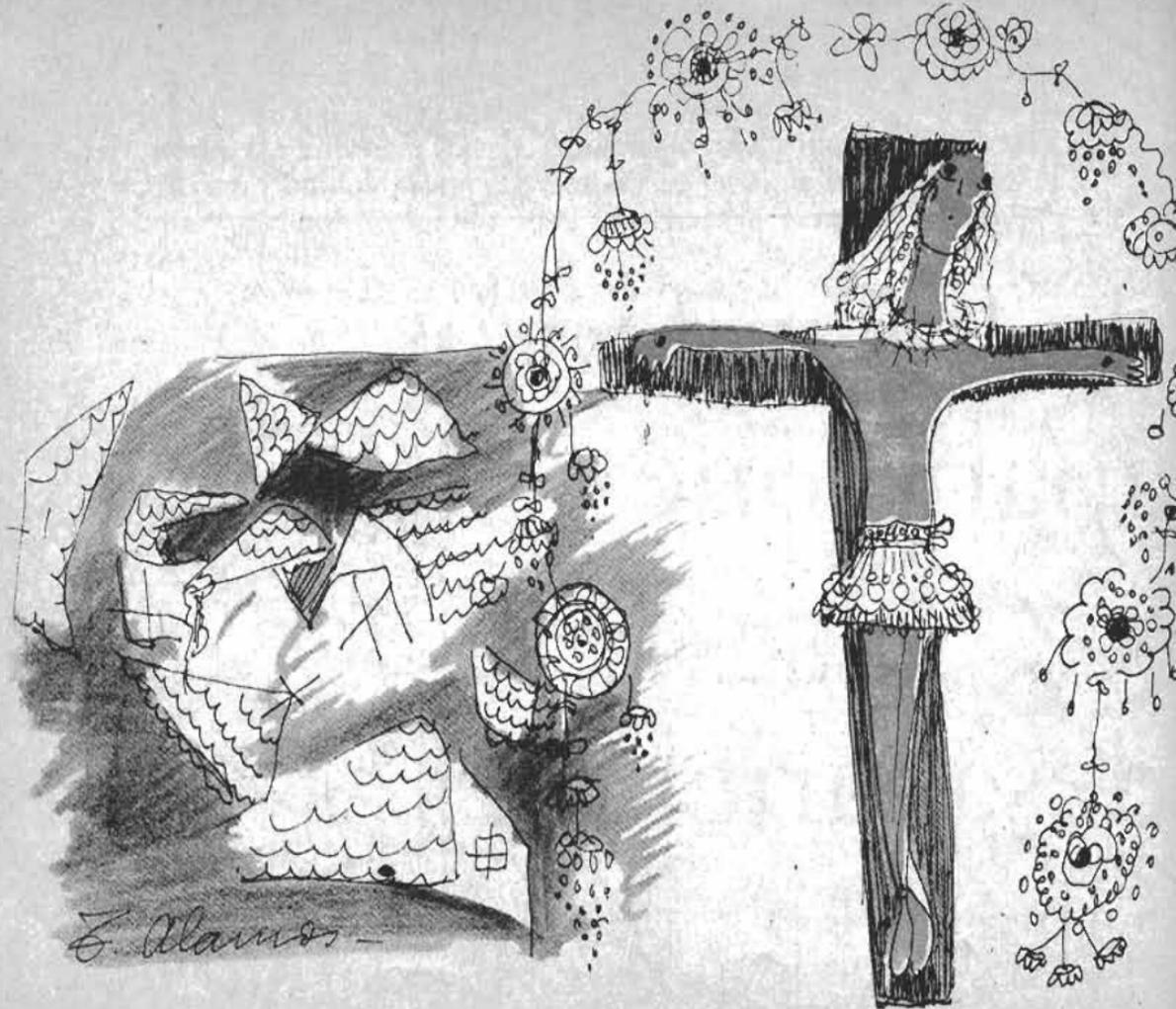
Desde entonces, don Germain no volvió nunca más a salir solo por esos caminos. Y menos de noche. La siniestra Chascuda es capaz de hacer pasar un susto o echárselo para el otro mundo al más seguro de sí mismo.

Cuando la lluvia y el viento hacen largas e interminables las noches de invierno, los campesinos de la región de Quilleco se recogen temprano a sus casas, para no darle en el gusto a la Chascuda, que los espera en cualquier recodo del camino.



de los milagros,
apariciones
y
desapariciones





E. Alamo -

el cristo que tiene la corona de espinas en el cuello



TIENE una cara seria, con sus ojos clavados fijamente hacia el cieloraso del templo. Tallado en madera por un fino artesano colonial, su mirar tétrico conserva el gesto último de la agonía en su rostro enflaquecido. Una larga y rizada cabellera —que perteneció a más de alguna distinguida dama de aquella época— le llega hasta los hombros. En su elegante faldón de terciopelo granate brilla el bordado de hilo de oro y lentejuelas. Desde siglos, devotos fieles imploran, brazos en cruz, al santo Cristo de los Milagros.

Unos y otros cuentan con recogimiento:

—El Señor de Mayo se enoja cuando alguien le mueve del cuello su corona, porque él quiere tenerla ahí para probar a los hombres su suprema divinidad.

—¿Quién le pondría la corona de espinas en el cuello? ¿Cómo

se le corrió de la cabeza sin dejarle un rasguño en su cara de palo? Un milagro, sólo un milagro.

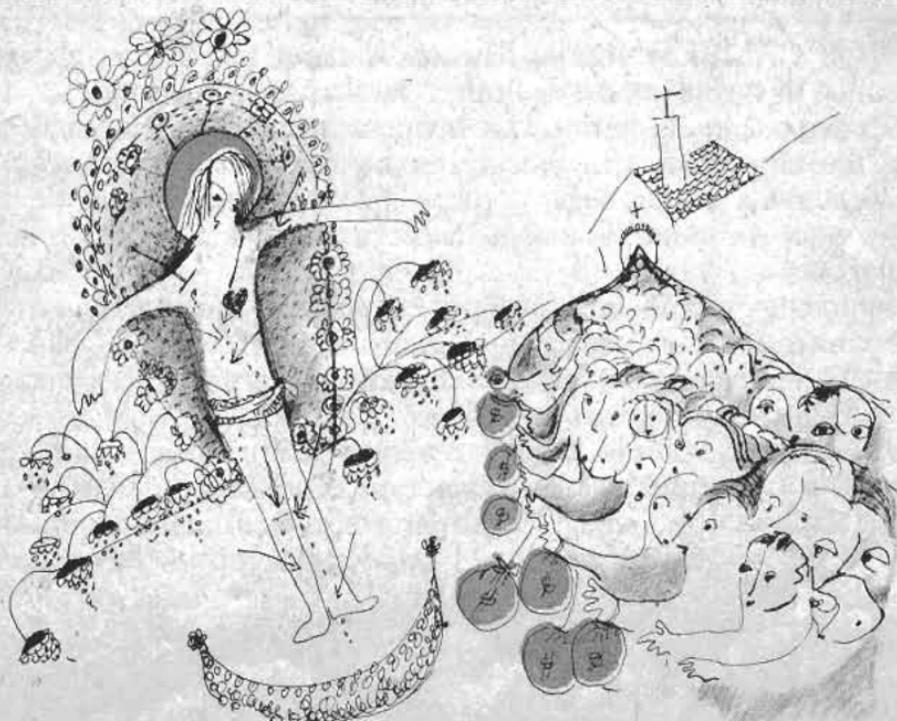
—Por eso cuando han intentado subirle la corona a las sienes, violentos temblores sacuden la tierra.

El 13 de mayo de 1647 ocurrió en Santiago el más desastroso terremoto de que haya memoria y recuerdo en el país. Una que otra cosa quedó en pie; iglesias, templos y casas y cuarteles se vinieron suelo abajo ante la furia de la naturaleza. Y entre escombros y ruinas el Cristo de los Milagros —que así se le llamaba— fue encontrado sin daño alguno. ¡Como salvado en gloria y majestad todopoderosa! Ni el más leve deterioro había en su figura de madera. Sólo que de la cabeza se le había bajado hasta el cuello su hermosa corona de espinas. Desde entonces lo nombran el Señor de Mayo con honda gracia y piedad. Algo así como un hueso santo que protege a nuestras gentes de desastres y calamidades.

La corona quedó para siempre en su delgado cuello, apenas puede vérsela cubierta por la larga cabellera. Nunca nadie ha logrado moverla de tan increíble posición.

Entra y sale gente a cada rato en la Iglesia de San Agustín. Los 13 de mayo el Cristo adquiere pública veneración al ser paseado por las calles santiaguinas, entre flores y canciones religiosas, por una piadosa muchedumbre. Se golpean el pecho en el más íntimo acto de consuelo y misericordia. Cirios y antorchas iluminan la noche en gratitud por los milagros recibidos.

—Este Cristo lo temia la ilustre Quintrala en su oratorio —cuentan algunos con no oculta malicia—. A el se encomendaba en sus momentos de apremios v adoracion. Pero como era mujer de armas tomar, un dia se presento ante la santa imagen como el mismisimo Dios la cecho al mundo. Nada de gracia le hizo este gesto al Cristo. Y tan mala cara le puso, que la Quintrala lo retiro violentamente de su lugar, blasfemando. Desde entonces la corona de espinas le baila en el cuello, en señal de su milagroso poder.



el santo traspasado

LOS CAMPESINOS lo llaman “el santo traspasado” al verle más de media docena de flechas clavadas en su diminuto cuerpo, que da lástima. La hermosa imagen de San Sebastián fue encontrada casualmente en las cercanías de Yumbel, enterrada en un lugar arenoso, tal vez protegiéndola de los frecuentes saqueos e incendios durante la época de la Guerra de la Araucanía.

El santo empezó a adquirir fama por este hallazgo, que fue tema de conversación y encono entre los habitantes de los pueblos cercanos. Y, también, por variados sucesos milagrosos que llamaron vivamente el interés de muchos.

—Una noche, de esto hace muchos años —cuentan los yumbelinos—, unos confabulados penetraron en el templo y se llevaron al santo. Al día siguiente, al darse cuenta el pueblo, se armó un tumulto de indignación y protesta y todos salieron en busca de la

imagen. Por los objetos que, en su apresuramiento y maldad fueron dejando por el camino, no tardó la gente en dar con ella. La encontraron en unos pajonales con evidentes señales de haberla intentado quemar. Tal fue la alegría del pueblo, que se celebraron grandes fiestas. Mientras los autores del sacrilegio tenían pronto desgraciado y notorio mal fin.

Para el 20 de enero de cada año, miles de romeros llegan al santuario a pagar su mandita. La prosperidad en el trabajo, las buenas cosechas, la salud sin sobresaltos, será todo posible si se acuerdan de agradecer oportunamente la gracia recibida.

—Si pasa más de un año sin que lo visiten, las desgracias y calamidades persiguen a sus deudores— dicen devotamente los campesinos, llevando velas encendidas en sus manos como palmatorias. Y agregan—: Hay que pagarle en platita porque el santo es harto cobrador. Lo más seguro que las velas no le gustan, las debe mirar bastante en menos; pero igual las traemos, iluminan mejor nuestras oraciones.

—Una vez dejé de venir por pura poca voluntad mía —dice otro campesino, que se queda mirando con arrobamiento la delgada figura del mártir Sebastián—, y ese año el trigo se me dio de lo peor. Ahora apenas terminé la cosecha vengo a ver a mi Patrono.

Va y viene gente que es una devoción y una costumbre y una fiesta. Todo medio es útil para estar a tiempo cumpliendo la promesa ofrecida. Largas caminatas a pie, durante noches y días, no es nada

para centenares de peregrinos que van en busca de curaciones y milagros.

—Y el santo no se hace jamás el sordo, ¡viera que no!, lo que uno le ha solicitado lo concede prontamente. De lo contrario, ¿cómo se explica este gentío aquí? —cuenta una anciana señora que entra al templo con sus zapatos en la mano—. No he hecho otra cosa en mi vida que invocar a San Sebastián cada vez que algo no me sale como Dios manda— añade con afán misericordioso.

La imagen vale oro. En varias ocasiones, aprovechándose de la oscuridad de la noche, han intentado sacarla de su santuario con no buenas intenciones.

—Pero San Sebastián se aferra tanto a su pueblo, que nada pueden lograr en su contra —hablan con admiración sus fieles devotos—. Antes que cante un gallo el santo de alguna manera se hace oír, y da la alarma para que el pueblo se despierte. Una vez se lo quisieron robar y, al ponerlo sobre una carreta, el santito se hizo tan pesado, que pesaba como si la carreta estuviese cargada de toneladas de piedras. Y los bueyes se derrumbaron de cansancio, sin avanzar un solo paso, echando espuma por la boca y dando furiosos bramidos.

Así, la popularidad del santo de Yumbel se ha ido propagando con el correr del tiempo. Los más inmediatos quehaceres se dejan de lado para visitarlo y cumplir con el pago de mandas y promesas. No hay en el país más ferviente y numerosa devoción.

el boldo de la aparición

PESCADORES venidos de Lirquén o Talcahuano cuentan que a mitad del siglo XVI, en esa heroica resistencia de los araucanos, la Villa de Penco estuvo a punto de ser arrasada y saqueada y quemada. Toda la fuerza guerrera del pueblo araucano había sido empleada a fondo en defensa de sus legítimos y naturales dominios. Por nada de la tierra dejaban paso a la conquista española, aunque para ello tuvieran que asaltar y profanar lugares piadosos.

La lucha era impetuosa y a muerte cabal. Una vez conquistada una fracción de la ciudadela, los sitiadores se entregaron al saqueo más desesperado. Ni la ermita de las monjas trinitarias se salvó. Su huerta, saturada de aromas conventuales, extendía sus tentadores frutos hacia la calle.

—Y entraron a ella —dicen estos mismos pescadores— como

Pedro por su casa. Barrieron con la ermita, que se habia construido bajo la advocación de la Virgen, en acción de gracias por haber protegido a los pobladores de las furias de un terremoto.

Fue en estas circunstancias cuando el árbol del boldo que habia en la huerta, empezó a llenarse de olorosas flores, para admiración de los enfurecidos guerreros.

En lo mejor de la lucha, una doncella de una belleza como nunca se habia visto, posó sus plantas sobre el boldo. Una luminosidad rodeaba su contorno. Y tal era el poder de su irresistible mirada, que los combatientes depusieron sus armas, en el mismo momento que las fuerzas araucanas va cantaban victoria.

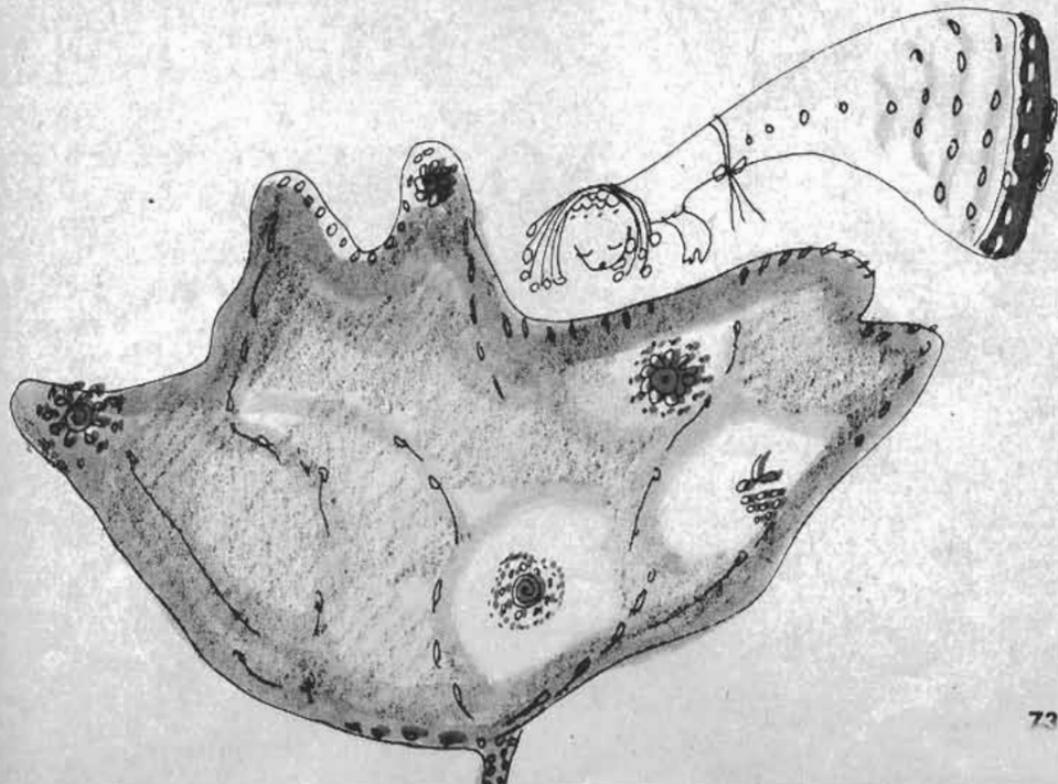
—Quedaron maravillados del prodigio de tan hermosa doncella —señala la gente que viene con unción a visitar al histórico boldo—. Por su rostro y sus cabellos, esa imagen era la mismísima Virgen de la Natividad, que veneraban en aquella época las monjas trinitarias.

En esos meses de verano en que gran cantidad de veraneantes se desplazan hacia el litoral penquista, se preguntan por la devota pasión que los habitantes de Penco tienen por el árbol del boldo. Muchas veces han estado a la sombra de su follaje, que se mantiene aún noble y verdoso a más de cuatrocientos años de haber empezado a echar raíces en ese lugar.

—Y no será esto por pura casualidad —dice la gente que viene a tocar con sus manos la corteza del añoso tronco—, de seguro que el

milagro de la Aparición ha logrado esta hazaña de mantener el boldo igualito como el primer día que lo plantaron.

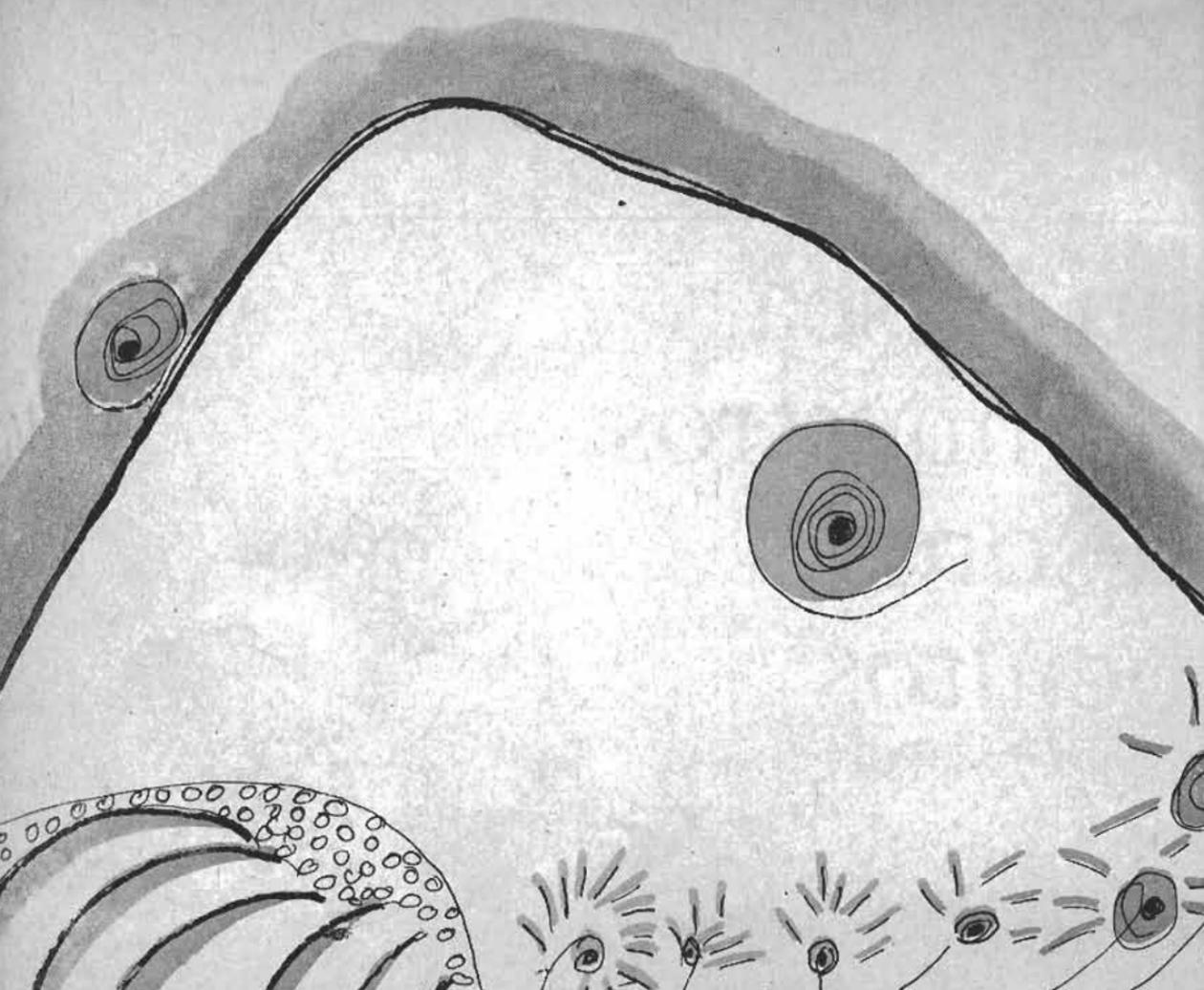
No es extraño, tampoco, que cada cierto tiempo, las verdes ramas del árbol vuelvan a cubrirse de flores, que huelen a tierra del huerto de las monjas trinitarias.





en busca
de nuestros
tesoros
ocultos





el tesoro del cerro guayaquil

ES POR las noches cuando el Guayaquil se ilumina de rojas y extrañas luces, como que llovieran estrellas o como velas encendidas que se mueven y corren arrastradas a flor de tierra. Se apagan y encienden. Aparecen y desaparecen. Ahí, en ese lugar último donde desaparecen, está el tesoro esperando.

—Es cosa de escarbar no más —cuenta un viejo buscador de este famoso tesoro—, la plata sale a chorros, saltando, es cuestión de poner las manos. Porque el oro tira, lo llama a uno. Le dice: “Aquí estoy, sácame para tu bien”.

Y sus iluminados ojos le bailan de alegría y entusiasmo en su cara de minero:

—Pero hay que ir solo, solito. No se le vaya a ocurrir de hacerse acompañar. Si van más, las luces vuelven a aparecer en forma de grandes llamas o fogatas. Y cuando está por llegar al

punto preciso, se escuchan aullidos de zorros y perros y otros animales invisibles, y toda clase de lamentaciones, como gente que grita o llora que causan espanto y se le pone el cuerpo como carne de gallina y uno no piensa sino huir, quebrada abajo, mas asustado que el Demonio sorprendido en malos tratos.

Ríe a boca suelta celebrando estas hazañas, de las cuales tampoco ha estado ajeno. Y recogiendo una piedrita como del tamaño de un botón que había debajo de su silla, dice con seriedad y resignación:

—Son las almas de los malditos dueños que están enterrados con sus tesoros las que impiden acercarse. No permiten soltar su fortuna de buenas a primeras. De seguro que sus cuerpos están aplastados de tanta riqueza. Se les ha hecho el corazón duro como roca, por eso están pagando sus penas en el infierno. Bien quemados estarán hasta el mismísimo Juicio Final. ¿De qué les valió todo el oro de sus vidas?

Según la tradición, sólo uno será el agraciado, pero debiera dar vueltas todo el cerro para encontrar tanta fortuna. De ahí la canción popular “no pierdo las esperanzas de encontrar una minita” que acompaña a cientos de buscadores de oro en sus infinitas caminatas. Por eso muchos perdidos en su orientación, no regresan nunca, atrapados para siempre en galerías y subterráneos que han excavado sin resultado alguno.

—¡Ah! Por más que cante, el Guavaquil se traga su fabuloso

tesoro, y también a los interminables buscadores que pretenden descubrirlo. Mientras más tiempo pasa, más para adentro se va el oro; debe tener ya raíces en la tierra.

Desde los tiempos de la Reconquista, el cerro Guayaquil oculta la más fabulosa cantidad de oro y plata que es posible imaginar de todo el Norte Chico.

—¡Vaya a saber uno cuánto oro de pura ley hay!

Temerosos de ver saqueadas sus riquezas, los dueños de minas y lavaderos se las llevarón a lomo de mula a un lugar que nadie ha podido ubicar con exactitud en todo el Guayaquil. Ellos mismos se murieron sin pena ni gloria custodiando su fortuna en el interior del cerro. Ni el más aventajado conocedor de la región ha logrado dar con los tesoros; sólo por golpe de suerte podría suceder. Quien lo haga, podría reconstruir de nuevo todo el mundo, si quisiera, con tanta riqueza en su poder.

—No puede ser tanta maravilla —dicen los incrédulos.

Pero igual, ante la posibilidad de hacerse ricos de la noche a la mañana, muchos han perdido el sueño, y su destino. Abandonan sus hogares, a los cuales volverán cuando no quede piedra que no haya sido removida.

El incansable buscador de vetas y huellas minerales mira desafiante al cerro Guayaquil, haciendo visera con sus manos. Y habla como identificándose con toda esta naturaleza que, en cierto modo, le pertenece:

—Estos lugares los conozco como a la palma de mi mano. Desde niño, antes que lo manden a la escuela, uno no hace más que recorrer todos estos rincones y laderas y serranías. Uno se hace amigo del viento y de las piedras. Yo ando tras el oro desde entonces y cada vez estoy más pobre y ya ni piernas buenas tengo para irme cerro arriba.

Y haciendo una pausa para tragar un poco de saliva que empezaba a salirle por los labios amarillos de tabaco, cuenta sus realidades este viejo minero, más fiel que nunca a su destino:

—Siguiéndole la pista a este tesoro, he dejado casi toda mi vida, y por más, me voy a quedar un día de éstos tieso de cansancio en una quebrada, sin que nadie jamás sepa ni tanto de mí.

Durante toda su vida, de veras, que no han hecho otra cosa que recorrer el cerro a sus anchas. Subir y bajar y volver a subir. Y así siempre, hasta que el viento y la arena terminan con su sueño irrealizable. De tanto mirar para uno y otro lado han estado a punto de dejar la cabeza en los pircados y barrancas. Se han hecho viejos, se han muerto también en la rebusca inagotable de tan codiciados metales.

Y el cerro Guayaquil sigue guardando su tesoro de oro y plata hasta el último día del siglo.

el tesoro de o'higgins

TODOS los martes, al anochecer —poco antes que el pájaro chonchón pase anunciando su fatídico canto. “Pasa, chonchón, tu camino”, hay que decirle para no caer en maleficios y lamentaciones—, el cerro Negro se ilumina de relámpagos y truenos como una lluvia de infinitas piedras que se escucha. Y no cesa durante toda la noche. La tormenta deja con los pelos de punta a los moradores cercanos, que queman al fuego ramos benditos para pasar la nerviosa impaciencia.

Algunos lugareños, para librarse de tentaciones, golpean tres veces madera, ya en la mesa, ya en la puerta de sus casas, y dicen como en sigilo para que no los escuche nadie: “¡Son los brujos!” Por cierto que son ellos los que provocan esta furia del Demonio. Tienen sus secretas reuniones en la cumbre del cerro. Y para que no los descubran

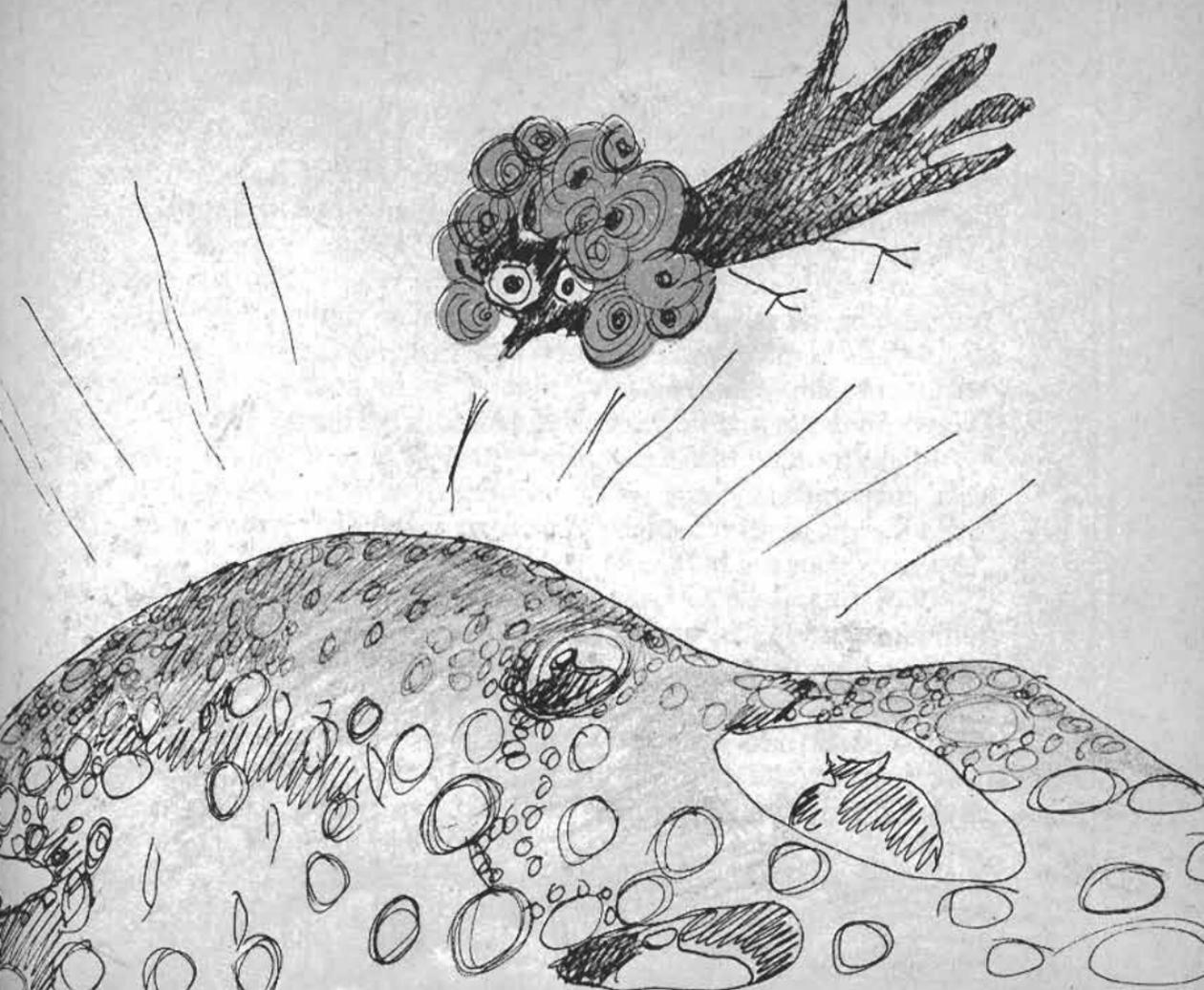
lo hacen. Así pueden celebrar sus festines sin riesgo alguno, ajenos a toda curiosidad humana.

—Estos individuos. —cuentan—, o lo que fueren, son capaces de echar abajo el mundo con tal de salir adelante con sus malas intenciones. Segurísimo que más de alguien se muere cuando empieza a relampaguear en el cerro.

—¡Qué brujos ni qué ocho cuartos! —dicen otros, más conocedores de sus terrenos—. Es la fuerza respiratoria del tesoro de oro y plata que existe escondido en el cerro Negro. La plata, pues, como que suda, palpita de tanto estar enterrada bajo tierra. ¡Por eso se producen estas calamidades! Siempre huele a plata azufrada por estos lugares. Con el simple olfato lo nota uno. El aire apesta a veces. ¡Y cómo no va a apestar si uno se lo lleva respirando pura plata!

Las más grandes tinajas confeccionadas por las manos del hombre están enterradas en alguna parte de este cerro. Hay tres repletas de oro, y una de plata. A don Bernardo O'Higgins pertenecieron estas tinajas. Al abandonar la región de Concepción las hizo guardar por incultivados parajes. Unos lugareños, que con el tiempo se fueron poniendo desmemoriados y viejos, eran los encargados de su custodia y vigilancia. Y un día se murieron y se llevaron los secretos de los tesoros a la tumba.

Las numerosas huellas de pisadas humanas están indicando a las claras la busca y rebusca de este valioso tesoro. Nadie



entrega dato alguno. El darlo acarrea mala suerte y ruina y enfermedades. Además, ¿quién sabe si por entregar una pista se pierde uno la fortuna de su vida? También el chonchón no siempre pasa de mal augurio. Más de alguna noche lo hará de “anunciamiento”, que es señal de abundancia y prosperidad.

Los lugareños, que saben estas cosas al dedillo, esperan, para su bien, que tarde o temprano esto ocurra. Por eso dicen con la tranquilidad de saberse dueños de tan fabulosa riqueza:

—Sólo el día que el chonchón pase cantando de suerte se terminarán los relámpagos y truenos. Y se podrá subir al cerro Negro sin temor alguno y seguir el caminito del tesoro. . .

Pero hay que estar una noche entera en el cerro, con una vela encendida sin que se la apague el viento y rezando en alta voz las “Doce palabras redobladas”, que empiezan así como: “Amigo, dígame la hora. . .”, hasta completar las doce.

Las tinajas de O’Higgins harán millonario a quien haya invocado religiosamente tales preceptos. En caso contrario, el tesoro se hace humo y de nada valdrán las desesperadas invocaciones.

—Guardan tanto oro y plata estas tinajas, que bastaría una sola de ellas para que el corazón se le salga a uno de felicidad y se le convierta también en oro, a menos que se caiga ahí mismito muerto por la gracia recibida.

el oro de la laguna de quilache

TODO el oro que el cacique Quilache sacaba a montones del río Cariboro se lo llevó a una laguna cercana a Los Angeles, que sólo él conocía. Eran sacos de oro que los indios repletaban a manos llenas con agacharse en las aguas del río. Tanto oro había, que brillaba hasta con la luz de la luna.

Pero los españoles, que no tardaron en llegar a sangre y fuego a estas tierras, obligaron a tomar precauciones al cacique. Y como tenía una mula blanca, la cargó con todos los sacos que fue capaz de resistir. Por nada del mundo estaba dispuesto a entregar a extranjeros su fortuna.

Varias noches y días anduvo cabalgando Quilache, buscando refugio y posada en uno y otro lugar, hasta llegar, por fin, a una pequeña laguna rodeada de pataguas. Ahí depositó su valioso

cargamento, sin pensarlo tres veces, al darse cuenta de que los españoles habían descubierto su huella. Y a galope tendido trataban de darle alcance.

Quilache murió a trabucazos al ser pasado por las armas, en una batalla de la cual no pudo librarse. Aunque otros cuentan que se fue muriendo lentamente de la gran pena que le vino después de haber perdido su mula y sus riquezas. Cuando quiso recuperarlas, no pudo encontrar la laguna que él mismo había descubierto.

Y hasta el día de hoy andan buscando la famosa laguna de Quilache. El dar con ella significaría hacerse millonario para toda la vida, va que el oro abre todas las puertas posibles, hasta las del infierno. Y como la naturaleza esconde secretamente lo que le pertenece, muchos abandonan la aventura a las primeras dificultades que se les presentan. Otros se pierden para siempre en la frondosidad de los bosques de la montaña donde ni el sol penetra. No hay duda de que el alma en pena de Quilache reina y domina por estos buscados lugares.

Puede que con el tiempo se haya secado la laguna. Y ahora todo sea pura vegetación y maleza. Los climas cambian, dice la gente, o el oro debe de haberse chupado hasta el último poquito de agua.

—Por eso el oro hace gorgoritos en el fondo de la tierra, hay que andar con las orejas a ras del suelo para escucharlo. O tener un oído de pájaro queltehue. Allí donde se escucha

el cantarino sonido del oro debe abrirse, en un abrir y cerrar de ojos, un pozo, no más profundo que un metro. Y el oro empieza a salir solito a la superficie.

Y mucha razón tienen los que cuentan estas cosas, porque a cada rato andan gentes con extrañas caras recorriendo estos lugares, sin decir palabras, atentas al más leve ruido. Tal vez andan pisando el oro que no pueden encontrar.

No vaya a ser que un día de éstos, doña Guillermina —que vive en estos buscados parajes— encuentre, sin mover un dedo, todo el oro de Quilache en la noria del patio de su casa.

la tinaja de curiñanco

DON Julio Pantoja estuvo a un hilo de romper a hachazos la tinaja de Curiñanco, un día que talando árboles dio por casualidad con ella. Tal era el calor que daba, como de llama de fuego, que le quemó —al solo contacto con la tinaja— su única herramienta de trabajo que tenía. El tesoro que hay guardado ahí arde cuando lo andan buscando, se mueve y hasta toca con fuerzas las paredes de su entierro. Por eso se escuchan campanas, sonidos, ruidos que cuesta identificar de buenas a primeras.

La tinaja de Curiñanco oculta la mayor parte del oro y la plata y otras piedras preciosas que las tribus nómades no pudieron llevarse a otros lugares. Como del tamaño de una roca —porque ha ido creciendo cada vez más, al punto que llegará un día a impedir el paso del camino de Niebla

a Curiñanco—, la tinaja bocabajo guarda un incalculable tesoro.

Don Julio Pantoja, que no abandona el intento de salir con la suva y llevarse el oro y la plata que casi lo alegra para toda su vida, cuenta lo que otros a la vez le han contado:

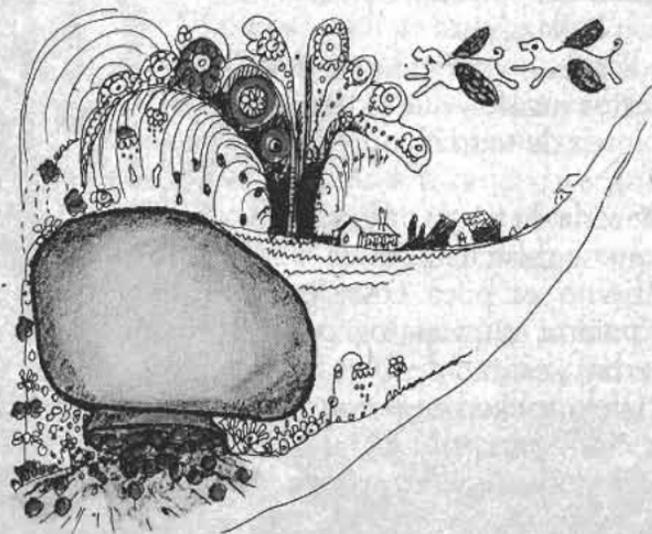
—Desde los tiempos que los cerdos tenían alas y volaban por estas comarcas sureñas, han tratado de mover la tinaja, sin alcanzar un centímetro en su codiciado objetivo. ¡Quién lo va a conseguir! Moverla sería mover toda la tierra. ¿Ve que se va haciendo ancha y panzona, como que acumulara para sí todo el oro y la plata de las minas que existen en estas cercanías?

A simple vista no todos pueden dar con ella, a menos que sin pensarlo se tropiece con su hallazgo, así como le ocurrió a don Julio, que llegó a perder el habla del puro susto que tuvo. Tanto llueve en estos lugares, que la famosa tinaja llega a parecerse a un árbol más de todo el pastizal que la cubre.

—Cuando alguien quiere moverla, la tinaja arde y salen lenguas de fuego, y es entonces que se escuchan ruidos venidos de todas partes. El infierno es poca cosa, creo yo, al lado de esta tinaja. Y aun al pararse en ella los pájaros, fíjese (que por aquí abundan como hierba), cantan de lo lindo, pero al volar pierden el vuelo y caen muertos, lo que espanta a aquellos buscadores del tesoro.

La tinaja de Curiñanco permanece en su lugar, hinchándose de tanta plata y oro y piedras preciosas acumuladas por siglos. Ni invocaciones ni conjuros ni oraciones de noches de San Juan han sido eficaces para removerla. Por más que se buscan fórmulas y se trazan planes para apoderarse de tales riquezas, terminan en el abandono y el fracaso. No es nada de fácil hacerse rico así como así.

—Por más que se rompan lanzas —dice don Julio—, igual. Los ambiciosos no tenemos perdón de Dios. Por eso el tesoro de Curiñanco siempre se burla de uno. Después de todo, uno ya está viejo para andar con locuras metidas en la cabeza.



el tesoro de doña javiera carrera

EN UNA de las quebradas de Talagante están ocultas más de siete cargas de oro y otras tantas de plata y también joyas y piedras preciosas. Hasta monedas de la época —hace casi dos siglos— se conservan en estos lugares. Nadie sabe qué se hicieron los hombres que ocultaron los tesoros. Se los tragan el oro y la plata, va que ni sus huesos han encontrado. Tampoco doña Javiera, preocupada más de los acontecimientos que día a día ocurrían en su patria, jamás supo quiénes y dónde enterraron su fabulosa riqueza. Casi siempre ocurre así para no dejar piedra sobre piedra.

Depositarios de una herencia milenaria, los vecinos de Talagante hablan con un entusiasmo que no admite sospecha:

—Quien logre dar muerte al culebrón que custodia el “entierro” de doña Javiera Carrera, se hará dueño del tan buscado

tesoro para todos los días de su vida. Y si más de alguien tiene este buen golpe de fortuna, deberá tener muy presente que nunca hay que llevárselo en toda su cantidad; un poquito del oro encontrado debe dejarse en el lugar descubierto, para que la tierra no se empobrezca, y puedan encontrarse en el futuro otros tesoros.

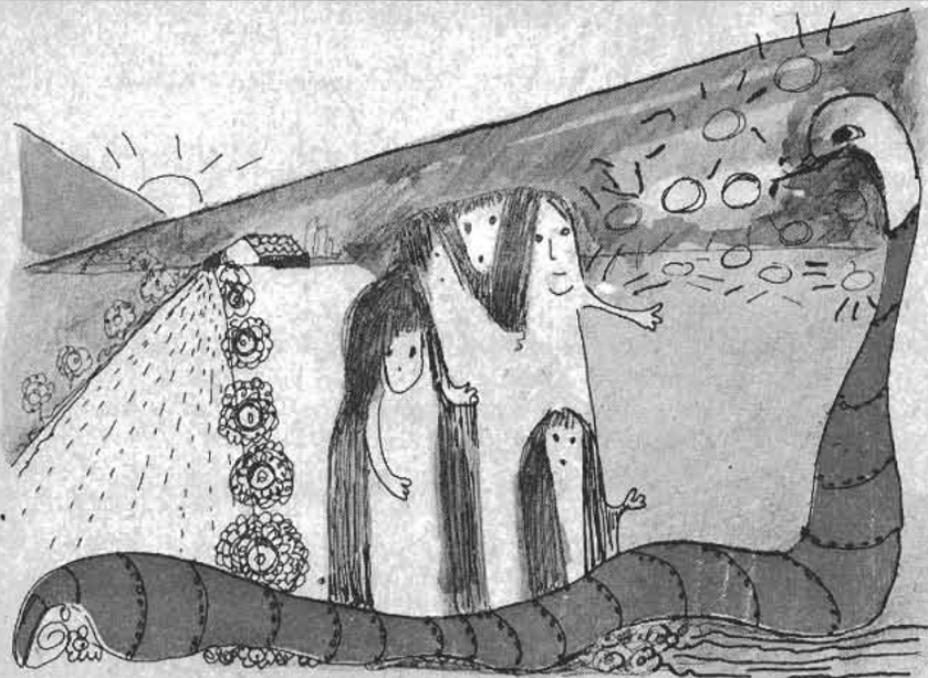
—Y porque no es bueno acumular las riquezas que pertenecieron a otros, cuyas almas no dejan en paz a los que las poseen. Y siempre hay que andar con las oraciones en la punta de la lengua, a flor de boca, para que estas almas no vengan a molestarlo a uno.

—Gran hazaña les espera a los buscadores de este tesoro. Atrevérselas con el tal culebrón, ¡qué animal ese!, hay que tener cuero de Diablo.

Y como eran tiempos en que brujos y brujas hacían nata por esa zona cuando ocultaron el tesoro de doña Javiera, se apropiaron, sin decir agua va, de esa inesperada riqueza en las quebradas de Talagante. Sus dominios eran impenetrables. El oro y la plata habían caído en manos de sus más interesados y temidos guardianes. Nadie pudo atreverse con tales brujos y brujas, a no ser que estuviera dispuesto a correr los más siniestros peligros de verse cazado en una “salamanca”. Porque ahí no se salvaba ni la mejor alma. Destinado a vivir en sus cavernas sin piedad alguna.

Por eso cuentan con no oculto temor:

—Algo de esta desgracia le sucedió nada menos que al mismísimo propietario de una hacienda donde están las quebradas. Al sorprenderlo buscando los tesoros de doña Javiera Carrera, las brujas lo convirtieron en un gran culebrón, como de cuatro metros, que se arrastra sin descanso. Y ahí está todavía, condenado para siempre a proteger el famoso entierro.



- 1.— *Honorio Aguilera*: Revista "En Viaje" N.º 167, Sep. 1947, Stgo.
- 2.— *Abdón Andrade*: "Algunas Leyendas de Valdivia". Archivos del Folklore Chileno. Facultad de Filosofía y Ed., Fascículos 6-7, Stgo.
- 3.— *Hermelo Arabena W.*: "Entre Espadas y Basquiñas". Zig-Zag, Stgo., 1947.
- 4.— *Lucila Dufourd*: "Noticias Relacionadas con el Folklore de Lebu". Anales de la Fac. de Filosofía y Ed., Tomo III, Stgo., 1943.
- 5.— *Elisa Figueroa*: "Apuntes Folklóricos de Malleco". Archivos del Folklore Chileno, Fascículo 2, Stgo.
- 6.— *Ricardo A. Latcham*: "Leyenda de los Césares", en "Revista de Historia y Geografía", Tomo 64, Stgo., 1929.
- 7.— *Ramón A. Laval*: "Contribución al Folklore de Carahue". Sevilla, España, 1884.
- 8.— *Cremilda Manríquez*: "Contribución al Estudio del Folklore de Cautín". Anales de la Fac. de Filosofía y Ed., Tomo III, Stgo., 1943.
- 9.— *Caupolicán Montaldo*: "El Diablo y Otros Personajes". Imp. Universidad de Concepción, 1960.
- 10.— *Lucila Muñoz*: "Estudios del Folklore de San Carlos". Anales de la Fac. de Filosofía y Ed., Tomo III, Stgo., 1943.
- 11.— *Olga Pino S.*: "La Forma de las Adivinanzas Chilenas". Archivos del Folklore Chileno, U. de Chile, Fascículo 9, Stgo., 1971.
- 12.— *Marino Pizarro*: "El Folklore de Monte Patria". Archivos del Folklore Chileno, Fac. de Filosofía y Ed. U. de Chile, Fascículo 9, Stgo., 1971.
- 13.— *Rebeca Román*: "Folklore de la Antigua Provincia de Colchagua", en "Rev. de Historia y Geografía", Tomo 64, 1929.
- 14.— *Ester Rivadeneira*: "Folklore de la Provincia de Bio-Bio", en "Rev. Chilena de Historia y Geografía", N.º-95, Stgo., 1939.

- 15.— *Hernán San Martín*: "Nosotros los Chilenos". Ed. Austral, Stgo., 1970.
 16.— *Julio Vicuña Cifuentes*: "Mitos y Supersticiones". Nascimento, Stgo., 1947.
 17.— *Celestina Villablanca*: "Estudio del Folklore de Chillán". Anales de la Facultad de Filosofía y Ed., Tomo III, 1943, Stgo.
 18.— *Elena Wegener*: "Anotaciones Folklóricas de Constitución". Archivos del Folklore Chileno, Fascículo 8, Stgo., 1957.
 19.— *Richard Weiss*: "El Folklore como Ciencia"; en "Rev. de Historia y Geografía", Stgo., 1929.

INDICE

1. DONDE EL DIABLO PERDIO EL PONCHO	9
2. LOS QUE HABITAN MAS ALLA DE LAS MARAVILLAS	27
3. LA CULEBRA Y OTROS ANIMALES	49
4. DE LOS MILAGROS, APARICIONES Y DESAPARICIONES	63
5. EN BUSCA DE NUESTROS TESOROS OCULTOS	75
BIBLIOGRAFIA	94

EL AUTOR: Jaime Quezada, 30, es autor de dos libros de poesías; obtuvo los premios "Alerce" y "Pedro de Oña" como poeta y dirigió la revista "Arúspice" de la U. de Concepción.



N.º 33

Publicación quincenal

Eº 24.—

25 de enero de 1973.

Director: Hans Ehrmann.

Asesor: Mario Vergara.

Redactora: Luisa Ulibarri.

Documentalista: Hebert Corbo.

Diseño: Patricia de la O

Secretaria de la Redacción: Yinka Zamorano.

**Editora Nacional Quimantú
Avda. Santa María 076, Casilla 10155
Teléfono 391101.
SANTIAGO DE CHILE**